

RESUMEN ANALÍTICO ESTRUCTURADO (RAE)	
Autor(a)(s)	Blanca Aurora Riaño Nidia Patricia Varela Arismendy
Director/a	Clara Inés Pérez Gómez
Título principal del proyecto	Resistencia de Mujeres Afrocolombianas Víctimas del Conflicto Armado: De la desterritorialización rural a la transformación de lo urbano en Bogotá D.C.
Título secundario	
Publicador principal	Corporación Universitaria Minuto de Dios
Citación de trabajos de grado (Normas APA)	Riaño, B. & Varela, N. (2018). Resistencia de Mujeres Afrocolombianas Víctimas del Conflicto Armado: De la desterritorialización rural a la transformación de lo urbano en Bogotá D.C. (Tesis de Maestría). Corporación Universitaria Minuto de Dios, Bogotá – Colombia.
Palabras claves	Mujeres Afrodescendientes, Conflicto Armado, Interseccionalidad, Desterritorialización, Resistencia Noviolenta, Reterritorialización.
Resumen	<p>El conflicto armado en Colombia, es una de las mayores catástrofes sociales que han experimentado más de nueve millones de personas, dentro de quienes se encuentran las mujeres afrocolombianas, que no solo fueron víctimas de la guerra en sus familias y en sus cuerpos, sino que además en su gran mayoría, fueron obligadas a dejar el territorio natural en el que desarrollaban sus vidas. Es en este escenario de horror, confusión, incertidumbre y desilusión en el que se fracturan los lazos comunitarios y se rompen las tradiciones sociales y culturales, estando las mujeres obligadas a iniciar sus vidas en lugares totalmente distintos a los de origen, como lo son las periferias de las grandes ciudades.</p> <p>La presente investigación se desarrolla a través de las historias de vida de dos mujeres afrocolombianas, lideresas, víctimas del conflicto armado y quienes comparten sus experiencias, a partir de las cuales se logra la construcción de una interpretación contextualizada de la desterritorialización rural acaecida, las afectaciones sufridas y las formas de transformación de sus vidas, dando a conocer el antes, durante y después del conflicto armado. Lo anterior permitiendo evidenciar cómo las mujeres afrocolombianas establecen nuevas formas de resistencia a la fragmentación de lazos comunitarios generando procesos de transformación social en lo urbano, en la localidad de Ciudad Bolívar en Bogotá D.C..</p> <p>Del análisis realizado surgen varios aspectos que son importantes dar a conocer y entre los que se destacan, la presencia de la interseccionalidad de identidades de género, etnia y espacio que ocasionan las diferentes afectaciones que sufren las mujeres afrocolombianas, la identificación de formas de resistencia noviolenta en las acciones llevadas a cabo por las mujeres, que evidencian transformaciones en sus vidas y en las comunidades en las que habitan y el surgimiento de nuevas territorialidades que aportan a la paz.</p>
Descripción	El presente documento de tesis es una investigación cuyo objetivo fue identificar cómo mujeres afrocolombianas víctimas del conflicto armado, vivencian y

	<p>resignifican la fragmentación de lazos comunitarios propios del territorio de origen, y cómo a través de la resistencia no violenta emerge un proceso de reterritorialización en la comunidad que habitan en la localidad de Ciudad Bolívar – Bogotá.</p> <p>Se plantea la importancia del tema en el campo social, debido a que da cuenta de las diferentes experiencias y las formas de resistencia no violenta que establecen las mujeres, que aportan a sus vidas y a la reconstrucción de lazos comunitarios.</p> <p>Se describen perspectivas teóricas relacionadas con las afectaciones a las mujeres víctimas del conflicto y que se asocian con diferentes aspectos como el racismo, los prejuicios relacionados con la identidad de género y la desterritorialización y a su vez se identifican los procesos de resistencia no violenta que surgen de procesos de empoderamiento, organización comunitaria, entre otros.</p> <p>Los resultados del análisis se exponen y relacionan en diferentes categorías de análisis, para luego presentar una reflexión crítica de los mismos.</p>
Línea de investigación	Ciudadanía y Resistencias, a través de la temática Género y Nuevas Formas de Relaciones, con el proyecto macro: Territorialidades para la paz y bienes comunes.
Programa académico	Maestría en Paz, Desarrollo y Ciudadanía

CORPORACIÓN UNIVERSITARIA MINUTO DE DIOS
UNIMINUTO VIRTUAL Y A DISTANCIA

MAESTRÍA EN PAZ, DESARROLLO Y CIUDADANÍA

RESISTENCIA DE MUJERES AFROCOLOMBIANAS VÍCTIMAS DEL CONFLICTO
ARMADO: DE LA DESTERRITORIALIZACIÓN RURAL A LA TRANSFORMACIÓN
DE LO URBANO EN BOGOTÁ D.C.

Modalidad: Proyecto de investigación (Tesis) en formato convencional

Autor(s)

BLANCA AURORA RIAÑO
NIDIA PATRICIA VARELA ARISMENDY

Directora

CLARA INÉS PÉREZ GÓMEZ

Magister en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José
de Caldas – Colombia

BOGOTÁ D.C., COLOMBIA

MAYO, 2021

Agradecimientos

Este ejercicio de investigación no hubiese sido posible sin la colaboración y el apoyo de diversas personas, entre las cuales destacamos:

A Ana María Salas y Yalile Quiñones quienes nos dieron la oportunidad de conocerlas, nos compartieron sus experiencias individuales y colectivas y nos enseñaron de manera vivencial lo que es la resiliencia, la alegría a pesar de las vicisitudes y la importancia del trabajo comunitario.

A nuestra directora de tesis profesora Clara Inés Pérez Gómez, quien nos brindó todo su apoyo, nos motivó y nos orientó durante este proceso. Gracias por compartirnos sus conocimientos, su sabiduría.

A los docentes de la Maestría en Paz, Desarrollo y Ciudadanía, por brindarnos sus conocimientos y acompañarnos durante este tiempo, un tanto complejo dada la crisis global en la que nos hemos visto inmersos.

A nuestras familias, por su paciencia, por los tiempos no compartidos, por su apoyo, por estar siempre allí y ser el motor que nos impulsa.

Y principalmente a Dios, por la vida y permitirnos alcanzar este logro.

A todos y todas, gracias.

Resumen

El conflicto armado en Colombia, es una de las mayores catástrofes sociales que han experimentado más de nueve millones de personas, dentro de quienes se encuentran las mujeres afrocolombianas, que no solo fueron víctimas de la guerra en sus familias y en sus cuerpos, sino que además en su gran mayoría, fueron obligadas a dejar el territorio natural en el que desarrollaban sus vidas. Es en este escenario de horror, confusión, incertidumbre y desilusión en el que se fracturan los lazos comunitarios y se rompen las tradiciones sociales y culturales, estando las mujeres obligadas a iniciar sus vidas en lugares totalmente distintos a los de origen, como lo son las periferias de las grandes ciudades.

La presente investigación se desarrolla a través de las historias de vida de dos mujeres afrocolombianas, lideresas, víctimas del conflicto armado y quienes comparten sus experiencias, a partir de las cuales se logra la construcción de una interpretación contextualizada de la desterritorialización rural acaecida, las afectaciones sufridas y las formas de transformación de sus vidas, dando a conocer el antes, durante y después del conflicto armado. Lo anterior permitiendo evidenciar cómo las mujeres afrocolombianas establecen nuevas formas de resistencia a la fragmentación de lazos comunitarios generando procesos de transformación social en lo urbano, en la localidad de Ciudad Bolívar en Bogotá D.C..

Del análisis realizado surgen varios aspectos que son importantes dar a conocer y entre los que se destacan, la presencia de la interseccionalidad de identidades de género, etnia y espacio que ocasionan las diferentes afectaciones que sufren las mujeres afrocolombianas, la identificación de formas de resistencia no violenta en las acciones llevadas a cabo por las mujeres, que evidencian transformaciones en sus vidas y en las comunidades en las que habitan y el surgimiento de nuevas territorialidades que aportan a la paz.

Palabras clave: Mujeres Afrodescendientes, Conflicto Armado, Interseccionalidad, Desterritorialización, Resistencia No violenta, Reterritorialización.

Tabla de contenido

Capítulo 1. Planteamiento del problema	7
<i>Pregunta</i>	9
<i>Objetivos</i>	10
Objetivo general.	10
Objetivos específicos.	10
<i>Justificación</i>	10
<i>Antecedentes específicos o investigativos</i>	12
Capítulo 2. Marco teórico	14
<i>Mujeres Afrodescendientes Víctimas del Conflicto Armado</i>	14
<i>Mujeres y Resistencia</i>	22
<i>Territorio, desterritorialización y reterritorialización</i>	25
<i>Desterritorialización y reterritorialización</i>	30
<i>De las relaciones de poder</i>	31
<i>Enfoque epistémico</i>	32
Capítulo 3. Enfoque y diseño metodológico de la investigación	33
<i>Participantes</i>	37
<i>Técnicas (Instrumentos o herramientas)</i>	38
<i>Categorización y clasificación</i>	38
<i>Indagación y construcción de la Historia de Vida</i>	39
Capítulo 4. Resultados	39
<i>Historias de vida</i>	40
La mujer Afro como resistencia no violenta, Yalile Quiñonez	40
La mujer Afro como resignificación de la vida y lo comunitario, Ana María Salas	49
<i>Afectaciones individuales y comunitarias, interseccionalidad y reterritorialización</i>	60
<i>Resistencia y Resignificación para la creación de nuevas territorialidades que aporten a la paz.</i>	64
La resistencia en los procesos de reterritorialización.	65
Capítulo 5. Conclusiones	69
Referencias	72

Capítulo 1. Planteamiento del problema

Durante más de cincuenta años, en Colombia se ha vivido una confrontación interna que ha significado la generación de más de nueve millones de víctimas del conflicto armado, afectadas por diferentes hechos victimizantes, de las cuales, de acuerdo con el Registro Único de Víctimas (RUV), sistema de información de la Unidad para las Víctimas con corte 31 de marzo de 2021, el 89% es decir 8.116.483 corresponde a personas que se vieron obligadas a desplazarse de sus lugares de origen, de éstas el 50% 4,064.258, corresponde a mujeres que tuvieron que afrontar diferentes situaciones al verse abocadas a vivir en ciudades o lugares diferentes a sus municipios de origen. De estos porcentajes llama la atención que el 13% corresponde a población afrocolombiana, negra, raizal o palenquera.

El irrumpir de la guerra en diferentes lugares del país ha generado, varias formas de victimización, entre las cuales se encuentra el desplazamiento forzado, hecho que ha sido considerado como el de mayor impacto, no sólo por la forma como se ha ocasionado, sino por el número de personas que han sido afectadas y a través del cual han ocurrido todo tipo de vulneraciones a los derechos humanos, que si bien es cierto en algunos casos puede no verse afectado de manera directa el derecho a la vida (desplazamiento sin ocurrencia del hecho victimizante de homicidio o desaparición), sí conlleva a una serie de cambios que influyen en la garantía de este derecho y que están relacionados con la transformación de las vivencias cotidianas.

Esta transformación tiene inmersos el dolor, la desestructuración de las formas de vivir consigo mismo, con los demás y en relación con el territorio en el que habitan, es una dificultad constante que tienen que afrontar las personas, afectando su garantía de vida, tal y como lo

mencionan los Principios Rectores de los Desplazamientos Internos de la Organización de Naciones Unidas (ONU), Consejo Económico y Social (1998),

Los desplazamientos, consecuencia habitual de experiencias traumáticas de conflictos violentos, violaciones manifiestas de los derechos humanos y causas similares en las que la discriminación tiene un papel significativo, generan casi siempre condiciones de sufrimiento y penalidad para las poblaciones afectadas. Provocan la ruptura familiar, cortan los lazos sociales y culturales ponen término a relaciones de empleo sólidas, perturban las oportunidades educativas, niegan el acceso a necesidades vitales como la alimentación, la vivienda y la medicina, y exponen a personas inocentes a actos de violencia en forma de ataques, desapariciones y violaciones (párr.1).

Además de lo anterior, otra complejidad mayor del desplazamiento es que ha tenido un impacto desproporcionado en la población rural del país, casi un 80% de las personas incluidas en el RUV habitaban las zonas rurales de sus municipios y se vieron obligadas a dejar su territorio y en la mayoría de los casos, tener que reubicarse en las zonas periféricas de las grandes ciudades y sin tener mayores opciones de retorno.

Esta situación se ha tenido que afrontar y tratar de superar entre todos los miembros de las comunidades afectadas, sin embargo para las mujeres y en especial las mujeres afrocolombianas, se ha convertido en un proceso más complejo, por cuanto precisamente por ser mujeres han vivido la guerra de una manera más aguda, tal y como lo plantea Useche (2016), “(...) en la guerra, la vida y el cuerpo de mujer se convierten en territorio bélico, de conquista, de agresión física, simbólica, de humillación y aniquilamiento del enemigo” (p. 92).

De igual manera es pertinente precisar, de acuerdo con el Registro Único de Víctimas (RUV) de la Unidad para las Víctimas, que del número total de personas afrocolombianas víctimas que corresponde a 1.130.752, el 53%, es decir 541.285, son mujeres, en su mayoría

pertenecientes a territorios de la costa noreste del caribe y la costa del pacífico y quienes se han visto enfrentadas a situaciones más dolorosas y degradantes dada la cultura patriarcal en la que durante muchos años, la sociedad ha estado inmersa y a través de la cual se han validado paradigmas e imaginarios de dominación, dualismos de fragilidad y fuerza, de lo masculino y lo femenino, creando prejuicios que conllevan a estereotipos sociales y discriminación como el racismo, en donde prima el rechazo y la forma de trato excluyente y desigual hacía el otro por diferencias en el color de su piel generando marginalidad, estigmatización y violencia.

Lo anterior, ocasionando que las vivencias de lo sucedido sean diferentes, por ser mujeres y por ser afro, más aún cuando han tenido que abandonar sus lugares de vivienda ubicados en lo rural y tener que llegar a grandes centros urbanos como Bogotá D.C., cambiando sus formas de vida, debiendo estar al frente de sus núcleos familiares, buscando la forma de brindar lo básico como la alimentación y un lugar donde vivir, para ellas y para sus seres queridos, entre otras situaciones que han sido obligadas a enfrentar.

La ciudad de Bogotá D.C., de acuerdo con el Registro Único de Víctimas (RUV), sistema de información de la Unidad para las Víctimas, acoge como residentes en sus veinte localidades a 334.184 personas víctimas del conflicto armado, de las cuales 46.500 son mujeres afrocolombianas. Ciudad Bolívar es la localidad que ocupa el puesto número uno en recepción de población víctima con 29.130 personas, de las cuales 16.227 son mujeres y de éstas 856, son mujeres afro, quienes han sufrido vulneraciones acentuadas que han ocasionado mayores afectaciones y que se considera pertinente que sean analizadas, al igual que los procesos de transformación que se han dado en sus vidas para lograr convivir y aportar a las comunidades a las cuales ingresan a ser parte al momento de reubicarse en la ciudad.

Pregunta

Teniendo en cuenta lo expuesto anteriormente, la pregunta que guía la presente investigación es: ¿Cómo se vivencian y se establecen nuevas formas de resistencia a la

fragmentación de los lazos comunitarios y a la desterritorialización rural que han sufrido las mujeres afrocolombianas, víctimas del conflicto armado, generando procesos de transformación social en lo urbano, localidad de Ciudad Bolívar – Bogotá?

Objetivos

Objetivo general.

Identificar cómo mujeres afrocolombianas víctimas del conflicto armado, vivencian y resignifican la fragmentación de lazos comunitarios propios del territorio de origen, y cómo a través de la resistencia no violenta emerge un proceso de reterritorialización en la comunidad que habitan en la localidad de Ciudad Bolívar – Bogotá.

Objetivos específicos.

(i). Analizar las afectaciones individuales y comunitarias sufridas por mujeres afrocolombianas, las cuales surgen en la interseccionalidad que se presenta entre el género, la etnia y el espacio, agudizadas por el desplazamiento forzado al que han sido expuestas y durante el proceso de reterritorialización en los lugares que llegan. (ii). Identificar la incidencia de ser mujeres afrocolombianas víctimas del conflicto armado, en la construcción de procesos de resistencia y resignificación en sus comunidades y territorios, como fuente para la creación de nuevas territorialidades que aporten a la paz.

Justificación

La presente investigación busca identificar cómo el conflicto armado irrumpe y afecta las vivencias de las mujeres afrocolombianas y cómo desde su perspectiva se logran acercar a la superación de lo ocurrido, utilizando como mecanismo nuevas formas de resistencia, para reconstituirse a sí mismas y aportar a quienes conviven con ellas, como lo menciona Useche (2016):

Así, las mujeres, a pesar de haber sido agredidas de tantas formas, han abierto nuevos espacios para que la sociedad se reconstituya a sí misma y para replantear las relaciones con el hombre, reinventar la noción de cuerpo, de pareja, de familia de tal manera que en ellos no se anide el miedo, sino que se erijan nuevas formas de vida y de la felicidad de la gente del común (p. 93).

Para lo anterior es pertinente poder determinar y analizar desde las percepciones, sentires y vivencias, cómo dos de estas mujeres, en las últimas dos décadas, vieron fragmentadas las relaciones e interacciones comunitarias, familiares, culturales y con el territorio del cual hacían parte. Cómo por ser mujeres fueron expuestas a acentuadas vulneraciones y de qué forma desde su experiencia de vida han afrontado y sobrepuesto nuevas formas de resistir al conflicto armado, a la marginalidad, a la exclusión y a los procesos de desterritorialización rural que han tenido que afrontar, para convertirse en punto de partida para la reconstrucción de los proyectos de vida, no solo individuales, sino comunitarios en la zona urbana en la que habitan, ubicada en la localidad de Ciudad Bolívar en Bogotá.

Evidenciando además como se ha realizado este proceso desde su vinculación a procesos organizativos, su participación directa en estas organizaciones y colectivos de los cuales hacen parte, y como surgieron y se han mantenido las formas de empoderamiento frente a diversas necesidades comunitarias y colectivas que han tenido que afrontar y que han superado a través de su liderazgo.

A partir de un enfoque interpretativo y con la historia de vida como metodología, se pretende brindar elementos que puedan servir de análisis y visibilización de aquellas afectaciones y nuevas formas de resistencia de las mujeres afrocolombianas para establecer otras maneras de entender, de aportar en la relevancia del territorio, en el fortalecimiento de los lazos comunitarios en las comunidades a las que llegan y cómo éstas nuevas formas se

pueden convertir en fuente de conocimiento para otras mujeres, que en su perspectiva diferencial han sido afectadas.

Lo anterior sirviendo, de igual manera, como fuente de conocimiento, para aquellas mujeres que sin vivir el conflicto de manera directa, tienen interacción con las comunidades y brindan voces de aliento para superar las circunstancias que éste conlleva y para aquellas que habiendo participado en el conflicto han decidido adaptarse de nuevo a la vida civil. Lo anterior de cara a la apuesta por avanzar en nuevas formas que conlleven a la implementación de “territorialidades para la paz”.

Antecedentes específicos o investigativos

Varios estudios investigativos buscan dar respuesta a diversos cuestionamientos que relacionan a la mujer y el conflicto armado y dentro de los cuales se encuentra el elaborado por Osorio, Ayala y Urbina (2017), en el cual a través de una descripción histórica-documental y teniendo como punto de partida los enunciados realizados por la Corte Constitucional en el auto 092 de 2008, se identifica cómo el conflicto produce efectos diferenciales en la mujer, que están dados por la ocurrencia de una serie de hechos victimizantes que son utilizados como método de guerra y son llevados a cabo de manera premeditada y sistemática hacia las mujeres.

De igual manera el estudio visualiza cómo la mujer es expuesta a unos impactos y consecuencias mayores, que van desde el tener que sufrir la violencia de manera directa como la relacionada con los delitos contra la libertad sexual, tortura, abortos forzados, entre otros, hasta tener que regular su vida social, afectiva y de esparcimiento de acuerdo con el mandato del grupo armado que en el lugar en el que habita da la orden. Este estudio reafirma lo enunciado en la presente investigación en relación con las afectaciones de las mujeres, sin embargo es pertinente ahondar sobre lo ocurrido a las mujeres afrodescendientes.

Por otro lado, se encuentran los estudios que analizan situaciones que mantienen una relación entre comunidad afro y conflicto armado. Sobre estos encontramos el realizado por Rodríguez, Sierra y Adarve (2009), que presenta un amplio análisis frente al impacto desproporcionado que ha ocasionado el desplazamiento sobre los afrocolombianos, evidenciando entre otros aspectos cómo éste ha incidido en la población afro, cómo se conjuga con la discriminación racial y evidencia las medidas normativas que ha establecido el Estado colombiano para proteger a las comunidades, la relación con las mediciones del goce efectivo de derechos y cuáles en la práctica son los avances al respecto.

En este estudio se hace alusión a la relación que las comunidades tienen con el territorio, por lo que se ha enmarcado como un derecho que tienen. Esta indagación guarda relación con el presente trabajo en la medida que da cuenta de la vulneración sufrida por la comunidad y su relación con el territorio, enunciando algunos aspectos con la vulneración de las mujeres afrodescendientes, sin embargo no hace mención a cómo surgen nuevas vivencias y procesos de resistencia después del desplazamiento forzado.

Es importante de igual manera, mencionar el estudio realizado por Angulo (2017), en el cual evidencia los procesos de acción colectiva que se gestan a través de la conformación de una red comunitaria, en la que media la sororidad y el trabajo mutuo de las mujeres para lograr alcanzar un posicionamiento político, con el fin de lograr el reconocimiento de sus derechos.

Esta investigación guarda relación con el presente trabajo, en la identificación de la necesidad de construir en conjunto con otras y otros y en el fortalecimiento de los lazos comunitarios entre las mujeres. Sin embargo no enuncia una relación con el conflicto armado y las afectaciones y aspectos que éste ocasiona y transforma.

Otro estudio que evidencia temas que se relacionan con la presente investigación, es el realizado por Ramírez (2014), a través del cual se enuncian los impactos socio espaciales a nivel de vivienda en la localidad de Ciudad Bolívar a causa de la llegada de personas desplazadas de otras regiones. Hace alusión a la forma de crecimiento poblacional que se da en esta localidad y

cómo se presentan los diferentes asentamientos urbanos informales y los mercados de arrendamientos en barrios populares.

Guarda relación con esta investigación en la medida que se visibiliza la afectación en razón al espacio a causa del desplazamiento, sin embargo no hace alusión al proceso de reterritorialización que deben afrontar las mujeres afrocolombianas.

Capítulo 2. Marco teórico

Con el fin de abordar la problematización planteada en la cual mujeres afrodescendientes se han visto enfrentadas a diferentes formas de vulneración y degradación en el marco del conflicto armado y cómo se han visto abocadas a establecer nuevas formas de vida, dado el desplazamiento forzado al que se han sido expuestas, se establecen entonces como aspectos centrales de abordaje la conceptualización y relaciones entre mujeres afrodescendiente víctimas del conflicto armado, mujeres y resistencia, territorio, desterritorialización desde la ruralidad, y reterritorialización en lo urbano. Lo anterior transversalizado por un análisis de las diversas formas de poder en las relaciones de género y hacia otros grupos poblacionales, que para este caso son los afrodescendientes.

Mujeres Afrodescendientes Víctimas del Conflicto Armado

Para dar inicio a este proceso investigativo fue necesario situarse sobre los referentes teóricos con el fin de realizar la indagación documental para cada uno de los ejes temáticos. Para el eje temático mujeres afrodescendientes víctimas del conflicto armado, se evidenció que si bien es cierto, existen diversos informes y publicaciones frente al tema, no fue posible rastrear estudios académicos que aborden el tema en conjunto, por tal razón fue necesario redireccionar la búsqueda en dos temáticas, por una parte a la referencia de las mujeres

afrodescendientes como una categoría del ser a indagar y por otra parte, una vez esclarecida ésta se analiza su condición como víctima del conflicto armado.

Partiendo de lo anterior y dado que los sujetos centrales son las mujeres afrodescendientes, hablar de ellas nos ubica en un contexto específico frente a un tipo de población, los afrodescendientes quienes corresponden al grupo de personas cuyos antepasados desarraigados de África fueron esclavizados por el dominio europeo, obligados a establecerse en un nuevo continente y quienes mantienen una historia, unas características sociales y culturales, conservando su identidad como sujetos colectivos y constituyéndolos en la segunda etnia más grande del país.

Han sido los afrodescendientes quienes históricamente han sido sometidos a toda clase de humillaciones, pobreza, torturas, abusos y violencia. Situaciones de racismo que luego de la conquista, la colonia y la independencia se continúan manteniendo como lo afirma Hall, citado en Grossber (2006):

Ha habido muchos racismos diferentes, cada uno históricamente específico y articulado en forma distinta dentro de las sociedades en las que aparece. De este modo, el racismo es siempre históricamente específico, sean cuales sean las características comunes que puedan parecer compartir con otro fenómeno social similar. Aunque puede basarse en las huellas culturales e ideológicas depositadas en la sociedad por fases históricas previas, siempre asume formas específicas que surgen de condiciones y una organización de la sociedad actuales —no pasadas (p. 52)

Tal como lo plantea Hall el racismo no es algo que ocurrió en el pasado de los pueblos afrodescendientes, sino algo que ocurre y en algunos contextos como el colombiano se recrudece debido al conflicto interno que padece el país y en donde uno de los grupos de personas que más han sufrido son las mujeres afrodescendientes, ya que por su condición de mujeres han sido objeto de dominación y violencia constante desde siempre.

Teniendo en cuenta lo anterior, en la presente investigación se hace pertinente identificar cómo se evidencia el racismo y los diferentes tipos que se pueden dar en el marco de los variados contextos culturales y sociales en Colombia y que dan pie a prejuicios que conllevan la generación de diversos estereotipos, ocasionando generalizaciones, discriminación y prácticas segregatorias y violentas hacia la etnia afrocolombiana. Tales tipos son descritos por la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (2019 párr. 2).

El primero que se denomina racismo aversivo, el cual está relacionado con una forma sutil de llevarlo a cabo por personas que manifiestan estar en contra del racismo tradicional, sin embargo sus actuaciones y formas de interacción están representadas por prejuicios inconscientes o encubiertos que se continúan estableciendo de generación en generación y que ocasionan sesgos y exclusiones. En este tipo de racismo se promulga la igualdad de derechos y la posibilidad de que se viva de manera abierta cada tipo de cultura, sin embargo se presentan actitudes racistas como la falta de empatía, la frialdad o el distanciamiento hacia las personas, en este caso hacia las personas afrodescendientes.

El segundo tipo de racismo es el denominado etnocentrista en el cual se establece la existencia de la superioridad cultural de un grupo, por lo que se supone que los otros grupos son una amenaza y ante lo cual se llevan a cabo prácticas directas o indirectas de rechazo hacia sus costumbres, comportamientos, lenguas o religiones. Dentro de las anteriores prácticas se encuentran el desconocimiento consciente y la no aceptación de las prácticas de los grupos étnicos, que en este caso estarían relacionadas con las de las comunidades afrodescendientes.

El tercer tipo de racismo establecido es el racismo simbólico que hace referencia a la defensa de la igualdad de derechos, en donde se rechaza el racismo tradicional y se defiende la justicia y no discriminación, pero se presentan sentimientos negativos hacia la población afrocolombiana que son adjudicados a las diferencias en valores y que perjudican los aspectos culturales o sociales del otro grupo poblacional. Con lo anterior se genera segregación cultural entre los diversos grupos.

El cuarto tipo de racismo es el biológico y en el cual se establece que un grupo racial es biológicamente superior a los demás. Es el tipo de racismo menos tolerante y ocasiona posturas y prácticas ligadas a la creencia que los otros grupos raciales no tienen algún derecho, propiciando además de la segregación física que conlleva no solo a una separación en espacios físicos, sino a determinar la necesidad de acabar con el grupo racial.

Los anteriores tipos de racismo han generado y lo continúan haciendo, diferentes formas de violencia que han sido invisibilizadas y para lo cual se considera relevante indagar frente a cómo han sido asumidas y afrontadas las diferentes actitudes y prácticas en medio del conflicto armado y en los lugares de reterritorialización por parte de las mujeres afrodescendientes. Lo anterior aunado al alto grado de vulneración al que se enfrentan, teniendo en cuenta que además confluye un factor importante relacionado con las prácticas de poder, reflejadas en estereotipos sexistas y en donde la mujer es propiedad de otro en todo los sentidos posibles

Las violencias que enfrentan las mujeres en los distintos espacios, tienen su asiento en unas relaciones de poder y dominación propias de una cultura sexista. En el marco del conflicto armado, que es por sí mismo agudización del autoritarismo, la expresión de la negación del otro, de la otra, y un deseo de desahogar la ira y la frustración (Corporación Ecomujer, 2006, p. 45).

En el marco del conflicto armado la mujer ha sido expuesta a diferentes formas de racismo y a su vez usada como presea de guerra, irrumpiendo con violencia en todas las dimensiones de su ser, con la finalidad de lastimar al enemigo, de ahí que se le castiga por ser, madre, hija, compañera, hermana de uno u otro actor armado. Siendo su cuerpo el escenario de guerra, son múltiples los relatos de tortura a los que han sido sometidas las mujeres y en especial las mujeres afrodescendientes víctimas del conflicto armado, como lo enuncia la Corporación Ecomujer (2006):

Las agresiones contra las mujeres responden de manera inconsciente a una demostración de poder. Ocupar el cuerpo de las mujeres hace parte de la

ocupación simbólica del espacio, del lugar del otro, del territorio del enemigo. Para los hombres, el cuerpo de las mujeres no les pertenece a ellas. Es pertenencia masculina. Cuando se toma a una mujer, no se la toma a ella por sí, sino en cuanto es posesión de otro. Con ello, se evidencia la pugna por el poder. Estos estigmas, a menudo de naturaleza individual, tienen en las guerras relevancia colectiva y el contenido de una humillación (p. 48).

Adicional a lo anterior, las diversas vulneraciones que afrontan las mujeres conjugan diferentes aspectos que se relacionan con el desplazamiento forzado y que deben ser vivenciadas al momento de llegar a habitar nuevos lugares. La discriminación, dado los paradigmas establecidos, ocasionan que sean de nuevo violentadas, tal y como lo enuncian la Asociación Nacional de Afrocolombianos Desplazados (AFRODES), La Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR) y El Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM), mencionados en Garavito, Sierra y Adarve (2009), las mujeres “afirman haber recibido expresiones de insultos despectivos relacionadas con la etnia, entre las cuales las más comunes fueron “chocorrano”, “negra hp (Sic.)” y “aquí no aceptamos negras” (p. 89).

A partir de lo anterior se considera relevante analizar las diferentes afectaciones individuales y comunitarias sufridas por mujeres afrocolombianas, desde discriminaciones y desigualdades que surgen dada la interseccionalidad que se presenta entre el género, la etnia y el espacio-Territorio, propiciado por el desplazamiento forzado al que han sido expuestas y en este proceso a las nuevas realidades que deben enfrentar en los lugares que llegan.

El concepto de la interseccionalidad hace referencia según Crenshaw, 2000, como se citó en La Barbera (2016)

A que todas las mujeres son de alguna manera sujetas a la discriminación de género, también es cierto que otros factores relacionados con las identidades sociales de las mujeres, tales como la clase, la casta, la raza, el color, el origen étnico, la religión, el origen nacional, la orientación sexual son “diferencias que

marcan la diferencia” en la manera en que los distintos grupos de mujeres experimentan la discriminación. Estos elementos diferenciales pueden crear problemas y vulnerabilidades que son exclusivos de grupos particulares de mujeres, o que afectan de manera desproporcionada a algunas mujeres con respecto a las demás. (p. 113).

En este sentido la interseccionalidad permite analizar y articular los diferentes puntos de encuentro y realidades del poder, la violencia y la discriminación que concurren en la mujeres y que por tanto ahondan las problemáticas.

En la categoría de mujer se identifica la relación entre la cultura patriarcal y la primacía de los dualismos: emocional – racional, fragilidad - fuerza, femenino - masculino, los cuales se reafirman a través de la generación y aceptación de diferentes estereotipos y en donde las relaciones de poder entre seres humanos enmarcan procesos de subordinación y vivencia constante de la violencia hacia las mujeres, la cual se ve acentuada cuando se relaciona la categoría de afrodescendiente, en la que priman los paradigmas de subyugación, exclusión, discriminación, que han sido vivenciados durante muchos años y a partir de los cuales se le da una connotación diferente a esa mujer.

De igual manera, es importante anotar lo que plantea Segato, como se citó en Angulo (2017), “existen diferencias entre los grupos de mujeres y que, a veces, incluso la categoría amplia “mujer” implica solo la mirada de la mujer occidental, blanca y burguesa (p. 25), desconociendo e invisibilizando las realidades que afrontan las mujeres afrodescendientes, haciéndolas más vulnerable en el marco del conflicto armado, exacerbando las afectaciones y violencias hacía ellas.

De manera transversal se encuentra la categoría de espacio, la cual emerge teniendo en cuenta las formas de representación de poder que en éste se dan, de acuerdo con el proceso de territorialización que se ha ido construyendo y que para el caso en la comunidad étnica rural

presenta diferencias en relación con las que son encontradas en los espacios en los que deben reubicarse después del desplazamiento forzado y que corresponden a lugares urbanos los cuales presentan estructuras, dinámicas y relaciones diferentes a los territorios de origen. Esta interseccionalidad identificada da cuenta de como son acentuadas las vulneraciones, agresiones y discriminación hacia las mujeres afrodescendientes que han vivido de manera directa o indirecta el conflicto armado y las cuales las afectan de forma diferencial e intensificada.

Aunado a lo anterior y como se menciona, es importante ampliar el aspecto relacionado con las diferencias de género que han sido establecidas, a través de la creación de variados estereotipos enmarcados en las relaciones de poder, en los que las mujeres son socialmente identificadas y encasilladas en roles con atributos inferiores y/o serviles y los cuales han sido difíciles de erradicar. Dentro de los principales estereotipos identificados se encuentran los estereotipos de sexo, a través de los cuales se da la preconcepción sobre los atributos o características físicas o biológicas de los hombres y las mujeres y a partir de lo cual las mujeres son caracterizadas como débiles, frágiles y vulnerables, por lo que se establece que solo pueden llevar a cabo ciertas actividades, formas de vivencias y de representación que siempre están relacionadas con estas “cualidades”.

Los estereotipos sexuales, en donde se dotan a las mujeres y a los hombres de cualidades o características sexuales específicas que hacen parte de los procesos de atracción, deseos sexuales, posesión y violencias sexuales, intimidad, el sexo como transacción, la cosificación, entre otras, y a partir de las cuales se establece para las mujeres la sexualidad como parte de la procreación, se caracterizan como propiedad sexual de los hombres y se conciben identidades sexuales castas (formas de penalizar el adulterio para las mujeres, mas no para los hombres).

Otra de las formas de estereotipos identificados está relacionada con los roles de sexo, a partir de los cuales se determinan comportamientos que se consideran apropiados para

hombres y mujeres, es decir se construyen sobre los estereotipos de sexo. Los estereotipos de roles de sexo enmarcan el fomento a la característica relacionada con que los hombres son los proveedores del sustento familiar y las mujeres deben ser las madres, amas de casa y cuidadoras.

El otro grupo de los estereotipos establecidos son los que se denominan compuestos y los cuales hacen referencia al entrecruce entre estereotipos y rasgos de personalidad que también establecen diferencias para las mujeres y en donde se crean características a partir de aspectos como la etnia, discapacidad o capacidad, la orientación sexual y el status o clase y con los cuales se enmarcan diferentes grupos sociales. Como lo mencionan Cook y Cusak (2009), el género se intersecta con otros rasgos de la personalidad en formas muy variadas y crea estereotipos compuestos que impiden la eliminación de todas las formas de discriminación contra las mujeres y la materialización de la igualdad sustancial (p. 33). Los estereotipos compuestos dan cuenta de preconcepciones falsas sobre diferentes subcategorías de mujeres y van evolucionando de acuerdo con las diferentes articulaciones que existan sobre el patriarcado y las estructuras de poder.

Son los estereotipos fijados de manera cultural y durante muchos años los que han establecido actitudes, rasgos, patrones y comportamientos al género femenino, haciendo parte del imaginario de las comunidades y en general de la sociedad colombiana y a partir de los cuales se han perpetuado las diversas formas de violencia y subyugación en los que las mujeres han estado inmersas. Ante lo anterior se considera relevante su enunciación en el marco de la presente investigación, con el fin de evidenciar la relación entre éstos, las diferentes vulneraciones hacia las mujeres afrodescendientes y las formas de su identificación a partir de las prácticas cotidianas, con el fin de aportar en la deconstrucción de los mismos de cara a los procesos emergentes de edificación de paz en las nuevas territorialidades que están emergiendo.

Mujeres y Resistencia

Las resistencias sociales, son prácticas que tienen todo un bagaje histórico en la resolución pacífica de los conflictos, su origen tiene que ver con las formas en que los seres humanos se sobrepone a situaciones de conflicto. Gandhi es un referente notable de la resistencia social, pues a través de sus pensamientos y acciones no violentas mostró formas distintas de encontrar la libertad o los derechos de toda una nación, de ahí que “El impacto de esta experiencia se difundió a escala planetaria” (Useche, 2016, p. 190), alentando luchas y personajes como el Reverendo Martin Luther King, quien siguiendo los pasos de Gandhi luchó por los derechos civiles de los negros en Estados Unidos.

Las resistencias sociales entonces, son todas aquellas formas que encuentran los seres humanos ante condiciones de inminente riesgo o agresión para hacer frente a la dificultad sin entrar en confrontaciones, sino a través de respuestas creativas no violentas que buscan potenciar la fuerza afirmativa de la vida (Useche, 2016, p. 3), Las comunidades que se han visto inmersas en situaciones de conflicto han buscado la manera de hacer frente a esta violencia, en algunos casos abandonando los territorios que habitan, siendo ésta la más común, pues como es normal prima el cuidado de la vida propia y de la vida de otros. Sin embargo existen casos en los cuales las comunidades, asumen posiciones diferentes, aun a riesgo de perder la vida y deciden formas distintas de mediar o transformar la realidad violenta, que padecen.

En Colombia son variados los ejemplos de comunidades que deciden ser comunidades de paz, en las cuales el conflicto armado no tiene cabida. “Las Comunidades de Paz se escapan de esta imagen de víctima, ya que asumen el derecho de tomar una posición neutral frente a las partes en conflicto, constituyendo así una forma de resistencia pacífica comunitaria” (Valenzuela, como se citó en Naucke y Halbmayer, 2015, p. 11), en la cual se exige a los diferentes actores el derecho a vivir en un territorio de paz.

Teniendo en cuenta lo anterior y de acuerdo con lo planteado por González (2011), “los procesos de resistencia no violenta al conflicto armado se basan en un poder afirmativo en términos de potencia de vida, pacífica, sin violencia” (p. 243), en este sentido, el papel de la mujeres en los procesos de resistencia ha sido continuo, en razón a su determinación y afirmación ante la vida, y la capacidad de buscar la protección de los derechos de sus familias, en especial el derecho a la vida.

Al indagar experiencias de resistencia se evidencia la incidencia del papel femenino, en cuanto a la valentía con la cual afrontan las situaciones de extremo riesgo, frente a los victimarios, asumen posturas de lideresas aguerridas, aún desafiando el peligro y son capaces de luchar no solo por el bienestar de sus familias sino por los derechos de sus comunidades, pareciera que el dolor se convierte en energía de vida; lo cual no significa que no haya dolor, decaimiento, miedo: “se sienten morir pero siguen viviendo; manifiestan su impotencia pero siguen pudiendo; dicen que no tienen fuerzas pero sacan fuerzas de donde no las hay”, (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 70) para asociarse, para reclamar derechos, para asumir el liderazgo comunitario que las expone siempre a más violencia.

Se hace relevante identificar y evidenciar estas formas de resistencia ya que permiten lograr transformaciones sociales en donde se afirman y fortalecen los lazos comunitarios, se reconstruyen las formas de interacción, se generan nuevos referentes de identidad, de esquemas de vida y por tanto se promueven nuevas alternativas sociales, tal y como lo menciona Useche (2016), “En medio del desorden y la confrontación causados por los dispositivos de dominación y la guerra perpetua que se impone, en las poblaciones surgen nuevos modos de vida que se enuncian como estrategias sociales y que por su carácter de ruptura con la lógica de guerra, se denominan no violentos” (p. 259).

Las mujeres afrodescendientes víctimas del conflicto armado, sufren en sus cuerpos y en sus espíritus el rigor de la dominación, por medio del cual se busca someterlas y es importante tener en cuenta que para quienes ejercen la fuerza, como lo menciona Piedra (2004) “el cuerpo

es el lugar central desde donde se ejerce el poder” (p. 6) de ahí que los cuerpos de las mujeres se conviertan en trofeo de la guerra, por medio del cual se las posee y se humilla al adversario.

Tal y como ya se mencionó la doble condición: por un lado mujer y por otro mujer afrodescendiente, propicia el terreno para que se encarnen todo tipo de violencias de género por medio de las cuales se pretende dominar, silenciar e invisibilizar a las mujeres en diferentes ámbitos, en especial en el contexto del conflicto armado, sin embargo, es importante anotar que las situaciones de vulneración como la violencia física, sexual, patrimonial, no solo han sido ejercidas por los actores del conflicto armado, sino al interior de sus comunidades y de sus núcleos familiares.

Las formas de violencia contra las mujeres son múltiples, en el marco de la ley 1257 de 2008, por medio del cual se describe las formas de violencia, se encuentran: Daño psicológico, daño o sufrimiento físico, sexual y patrimonial. Esta ley reconoce que la vulneración de los derechos de las mujeres es una violación a los derechos humanos, teniendo en cuenta lo establecido en su segundo principio. No obstante pese a su promulgación de más de 12 años, su implementación está lejos de ser una realidad para la mujeres colombianas y en especial para las mujeres afrodescendientes víctimas del conflicto armado, así mismo el hecho de que estos daños agrupan las múltiples formas de violencia que además fueron recrudescidas por la Guerra.

Ahora bien, tomando como referencia el planteamiento de Foucault citado por Piedra (2004) “donde hay poder hay resistencia” (p. 16), la resistencia es la respuesta a la dominación y a toda forma de poder, y dicho poder tiene como finalidad mantener el someter y mantener el orden establecido. Las mujeres afrodescendientes víctimas del conflicto armado hallaron formas de resistir, de proteger la vida y de convertirse en voceras de la vida en medio de la muerte. Ejemplos de lideresas armadas únicamente con la fuerza de la palabra haciendo frente a los actores armados, para exigir el respeto a la vida; grupos de mujeres que en medio del conflicto levantan su voz de protesta ante el horror, la explotación, perseguidas, intimidadas,

violentadas en sus cuerpos y en sus almas; mujeres trabajadoras que asumieron la responsabilidad de sus hijos, familias y comunidades.

De acuerdo con Useche, 2008, como se citó en González, 2011, por medio de las resistencias sociales pacíficas, se potencializan necesidades emergentes de diversidad, empoderamiento y beneficio mutuo, donde se reivindican las luchas de los excluidos, vulnerados o minimizados, aunque la dominación ejercida sobre las mujeres hace referencia a la idea arraigada de la hegemonía patriarcal, en la cual la figura del varón define la vida, el quehacer de la familia y de la sociedad, las mujeres afrodescendientes víctimas del conflicto armado toman en sus hombros la lucha pacífica y revierten los estereotipos patriarcales asumiendo ellas mismas funciones que la sociedad, la guerra, habían destinado a los hombres (p. 243).

Dentro de las diversas formas de resistencia se pueden enunciar los procesos organizativos, los procesos de reconstrucción de memoria, la movilización ciudadana, la reivindicación de los derechos de las minorías y la lucha por la inclusión, las marchas pacíficas, expresiones artísticas y culturales cargadas de simbolismos, los movimientos campesinos, las mingas y movimientos de resistencia indígenas, las comunidades de paz.

Territorio, desterritorialización y reterritorialización

Definir los conceptos de territorio, desterritorialización y reterritorialización es importante, ya que se constituyen en el eje transversal por medio del cual se articula el proceso investigativo, y se encuentran profundamente relacionados entre sí.

El concepto de territorio ha tenido una evolución histórica y ha sido objeto de estudio constante por diferentes disciplinas y por diversos autores, sin embargo para el desarrollo de esta investigación se tendrán en cuenta los planteamientos de Haesbaert (2011) para quien el territorio es:

Un espacio que no es estrictamente natural, ni solamente político, económico o cultural y se define ante todo con referencia a las relaciones sociales (o culturales en un sentido amplio) y al contexto histórico en el que se encuentra. Señala el autor que el proceso de desterritorialización se aborda a partir de tres grandes dimensiones: la económica, la política y la perspectiva simbólica o cultural; dimensiones que se vinculan explícitamente o implícitamente a diferentes conceptos de territorio (p. 67).

Dicha definición pone de manifiesto que el concepto de territorio no se restringe únicamente a una dimensión espacial o geográfica, sino que por el contrario confluyen otras dimensiones políticas, económicas o culturales que afectan los individuos, grupos humanos o comunidades en las que se hayan insertos, es importante anotar que de acuerdo con la concepción que se tenga del territorio, de esta misma manera es la concepción de desterritorialización. Los grupos humanos se encuentran siempre en cambio y evolución lo que conlleva a procesos continuos de territorialización, desterritorialización y reterritorialización mediados por las necesidades e intereses del momento histórico que vivan.

A manera de ejemplo, se encuentran los cambios exigidos por la pandemia del COVID-19 a nivel global, gracias a los cuales las sociedades tuvieron que replantear su forma de ser, estar y relacionarse con el otro y con aquello que lo rodea. El territorio social resultó peligroso y el contacto masivo un riesgo para la salud, propiciando con ello la desterritorialización de los lugares comunes y la reterritorialización del espacio privado, del núcleo básico, estos procesos incidieron en cada aspecto económico, social y cultural mundiales.

Sin embargo, los procesos de desterritorialización a los cuales se hace referencia en esta investigación, corresponden a aquellas acciones coercitivas de grupos externos a las comunidades que habitan un territorio, motivadas por intereses económicos y políticos, que pretenden dominar y afectar los asentamientos humanos, irrumpiendo violentamente en todos

los aspectos de su vida, obligándolos a realizar procesos de movilización masivos e inmediatos, sin más pertenencias que el miedo y generando una precarización y una vulneración acentuada.

En el marco del análisis del conflicto armado en Colombia es importante tener en cuenta el concepto de territorio, y cómo en él se entretajan todo tipo de relaciones e intereses, de acuerdo a como lo afirma Lopes de Souza, 1996, como se citó en Beraún y Beraún 2009, el territorio es “Un espacio definido y delimitado por y a partir de relaciones de poder” (p. 113), y para el caso colombiano estas relaciones de poder en algunos territorios han sido ejercidas a través de la violencia y la fuerza, buscando ejercer el control de los territorios incidiendo con ello todas las dimensiones políticas, económicas y/o culturales.

Es importante aclarar, que para las comunidades étnicas que habitan el país y de manera específica en esta investigación, la comunidad afrodescendiente, el territorio tiene una representatividad mucho mayor, ante lo cual es considerado como un derecho, ya que como lo menciona el Observatorio de Territorios Étnicos (2012), “Más que una asignación de tierras para la realización de actividades productivas, implica la protección de su identidad cultural y una garantía para su supervivencia como grupo étnico” (Pág. 6).

De la misma forma, dado que en torno al territorio se han tejido procesos de tipo social, económico y político, enmarcados en diferentes relaciones, tal y como lo afirman Schneider y Tartaruga (2006), evidenciando el planteamiento de Raffestin “el territorio se entiende como la manifestación espacial del poder fundamentada en relaciones sociales, relaciones éstas determinadas, en diferentes grados, por la presencia de energía – acciones y estructuras concretas – y de información – acciones y estructuras simbólicas” (p. 6), por lo que es con base en esta definición que se puede establecer una diferenciación entre lo que son estas relaciones sociales que se dan en el marco de la ruralidad y lo urbano.

Teniendo en cuenta lo anterior, se considera pertinente ahondar en el concepto de territorio desde estas dos miradas con el fin de poder entender qué sucede con mujeres

afrodescendientes que habitando en su territorio son obligadas a salir de éste, teniéndose que adaptar a otro que por un lado, no contempla los mismos aspectos de relevancia y preponderancia para las comunidades urbanas a las cuales deben llegar a hacer parte y por el otro lado, conlleva unas relaciones de poder diferentes.

El territorio entonces, es asumido como el lugar en el que ocurre la vida de las personas, los momentos significativos, las tradiciones, la cultura. En el territorio cada persona posee un espacio y un significado, en donde el espacio se convierte como lo menciona Valentine, citado en Boletina No.5 por Zaragocin (2016), “en el factor clave del proceso de formación del sujeto, el lugar se convierte en elemento indispensable para entender cómo las especificidades de las experiencias cotidianas son vividas y contribuyen a la producción de sistemas estructurales del poder” (p. 46). En estos sistemas se establecen diferencias en relación con la categoría rural o urbana que generan impactos diferenciales, por lo que es preciso identificar cada una de estas.

La ruralidad entendida como una categoría espacial, para los afrodescendientes se ha establecido a través de una construcción social que surge de la identificación del ser humano con el campo, en donde de manera estrecha se ligan diversos aspectos a partir de los cuales se establece la supervivencia cultural y la forma de vivir la vida, tal y como se evidencia en Garavito, Sierra y Adarve (2009), “para el caso de las poblaciones afro en la zona rural, podemos ir relacionando la vida de la comunidad alrededor de las actividades en la agricultura o la pesca, cómo está relacionada con la forma de ver el mundo, que es la vida en sus diferentes actividades” (p. 250). El vivir en la ruralidad significa unas prácticas sociales y culturales que se ligan a lo que provee el territorio, lo que les permite generar unos elementos que los define como pueblo, como la autonomía, los modos y prácticas tradicionales de producción y una cosmovisión y espiritualidad ligada a la naturaleza.

A partir de lo anterior se enmarcan unas relaciones de poder que están relacionadas con la forma de distribución de los roles de las mujeres y los hombres, en donde éstos últimos se encargan de los cultivos o de la generación de formas de sustento que se relacionan con el

campo, mientras que las mujeres se hacen responsables de los cuidados de la casa, los hijos y de ayudar de igual manera, pero en menor escala de la consecución de los alimentos.

Por su parte, la categoría de lo urbano emerge en el marco de la alta y variada densidad demográfica, que se relaciona con procesos de economía industrial y de servicios y en donde el concepto de naturaleza es distinto. Para las comunidades afrodescendientes el llegar a lo urbano les representa enfrentarse a cambios, en primer lugar, relacionados con la forma de sustento, de consecución del alimento; en segundo lugar, a la modificación de sus referentes sociales y culturales y a la necesidad de reconfigurar las formas de transmisión de sus valores; en tercer lugar, les implica la pérdida de la forma de relacionamiento espiritual, dado que la naturaleza no está presente, transformando las estructuras de poder comunitarias y por tanto los roles establecidos que afectan las vivencias en especial de las mujeres.

Ante lo anterior, se considera relevante establecer que surge una diferenciación en los territorios rurales y urbanos, la cual para la siguiente investigación está relacionada con las prácticas de pertenencia y de hábitat y a través de las cuales se estructuran formas distintas de relacionamiento y de vivencias dadas por la manera de entender varios factores y le da sentido al grupo humano que lo habita.

En el marco de las prácticas de pertenencia, se debe enunciar que se encuentra una diferencia con lo que se entiende por propiedad, asociada con un valor de uso, es decir un valor comercial que le es atribuido, más la pertenencia a la que se va a hacer referencia está relacionada con aspectos simbólicos, a partir de los cuales en el territorio se construyen las relaciones (vecinales, políticas y económicas) y se lleva a cabo la delimitación de los espacios públicos y privados (lugares de encuentro, en los que se dan las prácticas religiosas, de crianza de los hijos, entre otros).

En relación con las prácticas de hábitat, se encuentran los elementos relacionados con los usos de la tierra, las prácticas de sustento económico y la relación con la naturaleza en razón a las formas de supervivencia.

Desterritorialización y reterritorialización

Cuando una comunidad o un grupo de personas, son obligadas a salir de su lugar común, a abandonarlo, se genera una ruptura profunda en su configuración de mundo, debe dejar lo conocido, lo propio, ocasionándole la desterritorialización del lugar que implica como lo menciona Herner (2009), “la desarticulación del referente clave de las culturas: el territorio, espacio común donde se materializan las prácticas, que marca las fronteras entre “nosotros” y los “otros” (los de “adentro” y los de “afuera”) (p. 170), iniciando la reterritorialización en otro lugar”, es decir no ocurre un proceso de desterritorialización sin que se empiece a construir uno de reterritorialización y que puede ser distinto al territorio original y el que es preciso reconstruir, si no todos los aspectos abandonados, si los más significativos para cada individuo.

En el marco del proceso de desterritorialización que viven las comunidades afrodescendientes a causa del desplazamiento forzado, estas se enfrentan a cambios estructurales que van desde la modificación etaria y sus formas organizativas, la transformación de sus prácticas culturales, cambios en los modelos de organización social y político comunitario, hasta la ruptura de los mecanismos establecidos para la creación de proyectos de vida tanto individuales como colectivos.

De igual manera al enfrentarse al proceso de reterritorialización, los afrodescendientes deben buscar en las zonas urbanas nuevos significados a los elementos que los identifican como pueblo, dado que las ciudades, como lo mencionan Garavito, Sierra y Adarve (2009), “representan en su expresión más amplia los centros de confluencia de la diversidad interétnica, los puntos de mayor concentración de la población, y por ello se ven abocados a la construcción de núcleos básicos de organización de dinámicas urbanas, comprometidas en una visión de diversidad y de autonomía, que por lo general luchan por la apropiación territorial” (p. 219). Lo anterior ocasionando que se cambien las estructuras tanto sociales, políticas y culturales, lo que conlleva a vivenciar nuevos procesos.

Dado lo anterior, se considera relevante identificar cómo se constituye la espacialidad rural y urbana de las mujeres afrodescendientes desde las experiencias vividas antes y después del conflicto armado, cómo se ven afectadas por la desterritorialización a la que se ven enfrentadas, como se visualizan las relaciones de poder en los lugares de llegada en lo urbano y cómo surgen posibilidades de repensar los espacios y las formas de interrelacionarse, en donde, desde las mujeres se reconstruyen nuevos significados y nuevos territorios desde formas resistentes y resilientes.

De las relaciones de poder

Las relaciones de poder han sido objeto de estudio, en especial en el ámbito de lo social, sin embargo, es poco lo que se ha profundizado con respecto a las relaciones de poder desde la perspectiva de género, de acuerdo con algunas autoras este hecho es una forma de violencia, al invisibilizar la capacidad que tiene la mujer para replantear dichas relaciones de dominación y subordinación.

En el marco de lo descrito anteriormente es relevante dilucidar cómo se entiende lo que son las relaciones de poder que se enuncian a lo largo de la presente investigación, tomando como referencia los planteamientos de Michael Foucault, quien expone que las relaciones de poder se encuentran en todas partes y se dan en todo tipo de relación humana, las define como fuerzas en continuo movimiento y que se evidencian en las instituciones, las normas y los valores dominantes en una sociedad.

Para ello Foucault, define la arqueología, como la forma a través de la cual se dan a conocer los saberes que se han construido como hegemónicos y por medio de los cuales se moldean las relaciones de poder, indaga sobre el análisis del discurso desde diferentes espacios y lugares, y rastrea la procedencia de los hechos sociales constituyéndose en el método para una genealogía histórica “buscamos lo que siempre existió pero estuvo oculto por las relaciones de poder” (Foucault como se citó en Piedra, 2004, p. 126).

En este sentido, los planteamientos de Villareal (2003), sitúan las relaciones de poder tanto en la esfera pública, como en la esfera privada, y al patriarcalismo capitalista como la forma de mantener el control y por tanto la subordinación entre los géneros (p. 79). Si bien para Foucault el poder es productivo, no se especifica para quién, para otros autores como Legarda este es productivo para el hombre, de ahí que se enfatice en relaciones de dependencia y subyugación de la mujer materializándose en todos los ámbitos culturalmente definidos para los dos, asignación de roles, lugares, formas de relación, todo mediado desde la lógica de la cultura patriarcal.

Enfoque epistémico

En cuanto al enfoque epistemológico que se va a tener en cuenta como fundamento para el desarrollo de la presente investigación y tomando como base el problema central, el cual tiene como eje principal a la resistencia de mujeres afrodescendientes víctimas del conflicto armado y las dinámicas de desterritorialización rural y la posterior reterritorialización urbana que desarrollan, en este sentido, la corriente de pensamiento sobre la cual se enmarca el ejercicio investigativo es el denominado feminismo latinoamericano.

El feminismo latinoamericano surge como la reivindicación del pensamiento e identidad propia desde la perspectiva multicultural y pluriétnica. Parte del hecho de reconocer que los movimientos feministas europeos y estadounidenses invisibilizan las realidades de las mujeres de otras etnias diferentes a las mujeres blancas; los derechos como la igualdad, la educación, el sufragio, por los que abogan estos movimientos nunca siquiera fueron pensados para estas otras mujeres de colores (Lugones, 2008, p. 77), quienes fueron víctimas del colonialismo, esclavizadas y a quienes se les negó hasta el simple hecho de ser reconocidas como mujeres, usadas como mercancía útil para la reproducción de más esclavos, su rol no era el de madres sino el de paridoras o hembras que podían ser violadas para satisfacer el deseo del patrón.

Este enfoque epistemológico, permite leer las realidades de las mujeres latinoamericanas atravesadas en su mayoría por la pobreza, el patriarcalismo y el conflicto armado. El feminismo latinoamericano plantea la importancia de no desconocer cómo se entrecruzan las interseccionalidades como la capacidad monetaria, la etnia y el género (Bard y Artazgo , 2017, p. 203), categorías que afianzan la opresión y desde la cual las mujeres gestan una forma distinta de lucha y de reivindicación de sus derechos, en este sentido el enfoque epistemológico aporta al objeto investigativo al esclarecimiento de las realidades propias de las mujeres latinoamericanas, su lucha por la vida y el respeto y reconocimiento de sus derechos históricamente invisibilizados y vulnerados.

Capítulo 3. Enfoque y diseño metodológico de la investigación

La línea de investigación en la que se vinculó el presente proyecto es la de Ciudadanía y Resistencias, a través de la temática Género y Nuevas Formas de Relaciones, con el proyecto macro: Territorialidades para la paz y bienes comunes.

Lo anterior dado que se busca evidenciar las experiencias de dos mujeres víctimas del conflicto armado, a partir de sus historias de vida, en el marco de las formas de resistencia con las que han afrontado la fragmentación de las interacciones y lazos comunitarios, tanto con el territorio de origen, como en una nueva territorialidad urbana, llegando a plantear transformaciones en la comunidad de la cual ahora hacen parte, buscando como lo afirma Useche “generar nuevas experiencias de construcción de paz, en medio de la guerra y que pudieran ser aprovechadas para inspirar procesos de afirmación de la vida que otorguen soporte a la construcción de territorios y comunidades no violentos y a la transformación de subjetividades” (Useche, s.f).

El enfoque previsto en la presente investigación es el interpretativo, con el cual se busca ampliar el campo específico en el cual se encuentra inmersa la presente investigación y que está relacionado con la identificación de los procesos de desterritorialización y

reterritorialización, que se han llevado a cabo como respuesta a las consecuencias del conflicto armado. De igual manera se pretende aumentar las formas de conocimiento social, a través de las vivencias de mujeres Afro en relación con las transformaciones que marcaron su existencia y cómo desde lo individual han recompuesto sus vidas y/o han aportado a la generación de nuevos lazos comunitarios.

Con el fin de encontrar una respuesta a la problematización planteada y teniendo en cuenta el enfoque investigativo, la metodología a utilizar es la historia de vida, la cual de acuerdo con lo que manifiestan Puyana y Barreto, “realiza un acercamiento a la cotidianidad relacionando la historia personal con la historia social, mediada por el lenguaje y en la cual se expresan pensamientos, sentimientos” (s,f). Al hacer uso de la historia de vida como metodología de investigación, se prioriza la experiencia personal y se reconoce como el escenario sobre el cual es posible reconstruir nuevos significados, que van a fortalecer la formación de nuevas identidades y procesos sociales.

Ahora bien, las historias de vida permiten realizar la lectura de la realidad pasada y presente de un grupo humano, ya que a través de estas se reconstruyen hechos, situaciones que si bien en principio fueron experimentadas por individuos de manera aislada, su reunión e interpretación va narrando la historia, tal como lo plantean Delgado y Gutiérrez (2007), “las historias de vida están formadas por relatos que se producen con una intención: elaborar y transmitir una memoria, personal, colectiva que hace referencia a las formas de vida de una comunidad en un periodo histórico concreto” (p. 258).

En este sentido para el trabajo de investigación con el uso de esta metodología se buscó indagar cómo a través de las vivencias individuales mujeres afro víctimas del conflicto armado, redefinen su historia y encuentran la manera de resistir, resignificar sus vidas en medio de la guerra y la incidencia que tienen estas experiencias en sus familias y sus comunidades. Permitiendo identificar el desarrollo de capacidades individuales y colectivas para la creación de formas novedosas de lo común y de interacción comunitaria para su reconstitución de cara a nuevas posibilidades de paz.

Las historias de vida permitieron que la investigación social dejará de ser una estadística contada por investigadores externos, impersonal y alejada de la realidad diaria de los individuos, más bien da la palabra a los propios actores sociales de esa realidad, lo que se denominó el síntoma biográfico que hace referencia al derecho que tiene todos de dar a conocer la experiencia desde su propia voz, interesándose por los procesos de la memoria individual, grupal y colectiva al rescate de las historias particulares.

Para la realización de las historias de vida se tienen en cuenta algunos elementos importantes para su desarrollo como son:

Las historias de vida pueden enfocarse de tres manera fundamentales como son: la positivista, la interaccionista y la dialéctica, para el caso del presente ejercicio investigativo se consideró que la forma de abordar la producción de las historias de vida debe tener un carácter dialéctico, de acuerdo con Delgado y Gutiérrez (2007), en el que las historias de vida se entienden como historias en un sistema, se entiende como la historia de un sujeto -individuo o grupo-, que se construye en las determinaciones de un sistema social en el que las distintas categorías como son: la edad, el género, el estrato social, la pertenencia étnica, se interrelacionan y proveen de contenido la historia de vida de un sujeto (p. 268)

En cuanto a la interpretación de las historias de vida, éstas pueden darse de tres maneras: la primera es la Estructuralista, por medio de la cual se recogen los relatos de manera extensiva, recogiendo una pluralidad de datos y situaciones en las que se encuentran todos los elementos de manera exhaustiva. La segunda es la interpretación Hermenéutica, la cual se centra en la profundidad del texto, es decir que da por concluida la producción de la historia de vida y se dedica a la forma y al análisis de los sentidos que no habían sido percibidos.

La tercera forma de interpretación es la denominada Comprensión Escénica, a través de ella, las historias de vida se actualizan y se interrelacionan los contextos. El primer contexto es el pasado, como un referente biográfico de escenas, situaciones, relaciones y lugares que son traídos al presente por el entrevistado, en este contexto los sujetos que participan del relato se actualizan, reelaboran el sentido de lo ocurrido. El siguiente contexto está referido al presente

de quien narra y de su entorno social presente desde el cual da sentido a lo vivido. El último contexto es el contexto de la entrevista en sí misma, los acuerdos de cooperación y desarrollo del ejercicio narrativo. Para el caso de esta investigación el tipo de interpretación que se pretende desarrollar es el de comprensión escénica, toda vez que permite la articulación de los diferentes contextos, y proporciona no solo la lectura de hechos pasados, sino que hace de la interpretación una experiencia dinámica que está en continua construcción e interpretación. (Delgado y Gutiérrez, 2007, p. 271)

Los momentos a seguir que se tuvieron en cuenta para la construcción de las historias de vida fueron:

1. Un primer momento que consistió en la elección de las personas de quienes se realizaron las historias de vida y para lo cual se eligieron dos mujeres, Yalile Quiñones Obando y Ana María Salas, quienes siendo víctimas del conflicto armado han estado inmersas y cuentan con una trayectoria en diferentes procesos comunitarios, con un liderazgo a través del colectivo Mujeres Negras en Acción y la Fundación Pueblo de Piel Brillante, y a quienes se contactan a través de una relación de proximidad en el marco de la interacción con la institucionalidad. Lo anterior con el fin de identificar cómo desde su perspectiva individual se ha vivido, reconocido, interpretado y abordado la desterritorialización y la fragmentación de las interacciones que tenían en su territorio.
2. El segundo momento que consistió en elaborar un mapa general de la trayectoria de vida, los lugares conocidos y los momentos más significativos para esa persona, lo cual se llevó a cabo a través de la información recopilada en la interacción con las dos mujeres participantes y su registro se llevó a cabo en la Matriz de Historia de Vida.
3. El tercer momento conocido como etapa de registro y a través del cual se llevó a cabo el proceso de consolidación de la información y el respectivo registro en los instrumentos determinados para este fin (Matriz de Análisis y Recolección de Información).

4. En el cuarto momento se elaboró la primera versión de la historia de vida, con la información recopilada.
5. En el quinto momento se realizó la contrastación narrativa a través de las fuentes de información establecidas.
6. Finalmente, se realizó una nueva lectura de la versión corregida.

Complementando la relevancia de la historia de vida como metodología para este tipo de investigación, se encuentra importante tener en cuenta lo mencionado por Ferrarotti (2002), quien la identifica como la forma en que se reconoce que “el hombre no es un dato sino un proceso, el cual actúa en forma creativa en su mundo cotidiano, es decir, lo social e implica una historicidad” (p. 2). Lo anterior teniendo en cuenta la relevancia de la perspectiva de género que contempla la presente investigación.

Participantes

La investigación se centró en el análisis de la historia de vida de dos personas que poseen características similares, teniendo en cuenta que se tomaron como referentes de muestra de caso tipo, lo que se refiere analizar casos que poseen similitudes personales y de experiencia de vida lo que permite indagar sobre el objeto de estudio. (Hernández, et al. 2017, p. 387).

En este sentido el ejercicio investigativo estuvo centrado en mujeres afrodescendientes, víctimas del conflicto armado, cuyos hechos victimizantes ocurrieron entre el 2007 y 2009 en zonas rurales del municipio de El Charco en el departamento de Nariño y el Medio Atrato en el Chocó, perpetrados por grupos armados ilegales, obligadas al desplazamiento forzoso y quienes en la actualidad habitan en Bogotá, en la localidad de Ciudad Bolívar, siendo las dos lideresas de su comunidad, con amplio recorrido distrital, comunitario y social, reconocidas por su lucha en favor de las mujeres víctimas, afro y en general de diversos grupos poblacionales.

Técnicas (Instrumentos o herramientas)

Partiendo de la identificación del enfoque y la metodología de investigación se aplicaron las siguientes técnicas e instrumentos de recolección de información:

1. Entrevista semiestructurada sobre la temática a abordar: Con esta técnica se buscó establecer un espacio de confianza de manera tal que se pudiera acceder a la reconstrucción del espacio vital de las entrevistadas. La perspectiva de las entrevistas semiestructuradas estuvo enmarcada desde el enfoque de género y se establecieron 3 dimensiones, 4 categorías y 13 subcategorías que permitieron recoger la información a contrastar con el marco teórico referenciado. El instrumento utilizado fue la grabación de voz.
2. Se elaboró la línea de tiempo a través de la cual se identificaron los hechos más representativos en la vida de las mujeres, haciendo una relación con las situaciones en el marco del conflicto armado más relevantes ocurridas en el país en esos mismos años, para integrar el contexto social vivido en esos momentos.
3. Se diligenció la Matriz de Sistematización de Historia de Vida, propuesta para registrar toda la información recopilada a través de las entrevistas.
4. Se llevó a cabo la organización y clasificación de la información, de acuerdo con las categorías definidas en el marco conceptual.

Categorización y clasificación

De acuerdo con lo identificado en el marco teórico, las categorías planteadas para el análisis de la información fueron las siguientes:

1. Racismo: Formas de representación racismo aversivo, forma de representación de racismo etnocentrista, formas de representación racismo Simbólico y formas de representación racismo Biológico.

2. Género: Estereotipos sexistas, roles de Género, estereotipos compuestos y violencia de Género.
3. Resistencias no violentas: Empoderamiento, liderazgo comunitario y vinculación a procesos organizativos.
4. Territorio: Desterritorialización, relaciones de poder y estructuras simbólicas y reterritorialización y nuevas resignificaciones

Indagación y construcción de la Historia de Vida

Se inicia con el proceso de indagación, para lo cual a través del consentimiento informado se establecieron los acuerdos relacionados con la aprobación para la entrega de la información y el manejo confidencial de la misma y se procede con la respectiva firma del documento (Ver apéndice).

Se realizaron las entrevistas semiestructuradas, grabadas en audio, de las cuales se obtuvieron como resultado más de cinco horas de material con las entrevistadas y se logró llevar a cabo un recorrido por las diferentes etapas de la vida de las dos mujeres, identificando las vivencias en el antes, durante y después del desplazamiento forzado, relacionadas con la desterritorialización y reterritorialización, la fragmentación y construcción de lazos comunitarios, y las afectaciones y las formas de resistencia con las que las afrontaron. Estas grabaciones se transcribieron para el análisis correspondiente y se contrastaron con el contexto social del momento que se identificó en fuentes primarias externas permitiendo una articulación con el trabajo de campo realizado.

Capítulo 4. Resultados

En este capítulo se presenta el análisis realizado a partir de las historias de vida de dos mujeres afrocolombianas: Ana María Salas y Yalile Quiñones Obando, quienes compartieron, sus experiencias y vivencias, así como las prácticas comunitarias que realizan en sus territorios,

permitiendo la construcción de una interpretación contextualizada de la fragmentación de los lazos comunitarios en sus lugares de origen y como a través de formas de resistencia no violenta emergen procesos de reterritorialización que inciden en los territorios de Ciudad Bolívar donde habitan.

En primer lugar se presentan las historias de vida, las cuales brindan los insumos necesarios para llevar a cabo los análisis pertinentes que buscan, en segundo lugar, responder a los objetivos específicos, los cuales hacen referencia a las diferentes afectaciones individuales y comunitarias sufridas por mujeres afrocolombianas las cuales surgen en la interseccionalidad, que son agudizadas por el desplazamiento forzado al que han sido expuestas y durante el proceso de reterritorialización, y a la identificación los procesos de resistencia y resignificación en sus comunidades y territorios, como fuente para la creación de nuevas territorialidades que aporten a la paz.

Historias de vida

La mujer Afro como resistencia no violenta, Yalile Quiñonez



“Yo vengo de tierra libre, vengo en busca de libertad...”

El día 2 de octubre de 1975 en el municipio de El Charco (Nariño) nació la afrocolombiana Yalile Quiñonez. Allí inició su vida, en un hogar conformado por Papá, Mamá y 10 hermanos. En su niñez disfrutó mucho de ayudar a su Mamá y de ir al río, el cual era todo para ella. Pero no solo el río, todo el territorio era para ella la vida misma, porque allí lo tenía todo para vivir y desarrollar sus prácticas ancestrales.

Tras haber crecido, hizo estudios en la Normal de Guapi, donde recibió una beca universitaria, estudió una licenciatura. Sin embargo, sus estudios tan solo han sido una parte de lo que ella es, pues desde temprana edad hasta la actualidad ha sido una líder nata y destacada en cualquiera de las circunstancias en las que ha tenido que vivir.

Ser la nieta de quien por muchos años fue el inspector del Corregimiento de San José, le permitió reconocer su habilidad de liderazgo, la cual emergió desde los primeros años de vida. Recuerda con alegría como a su abuelo le correspondía la expedición de decretos, el ejercicio de la justicia, el ayudar a la comunidad, estar pendiente de todo y eso la representa.

“Ha sido como una presión maquiavélica cada vez que una mujer quiere desarrollar un liderazgo”.

Podría decirse que tres cualidades no la abandonan, o mejor, ella no abandona tres cualidades: sus dones de liderazgo, su resiliencia y su inteligencia para buscar siempre un mejor vivir. Sus dones, sin embargo, siempre han sido puestos a prueba bajo el yugo del racismo, la violencia propia del conflicto armado interno, los estereotipos sexistas y la radicalización de los roles de género establecidos en su familia y comunidad. Con respecto a esto último, ella lo plantea así: *“(…) yo viví como marcado lo del patriarcado (…)* en la época en la que la mujer no tenía mucho acceso a eso, a capacitarse, a prepararse, era la que tenía que lavar, planchar, mantener la casa limpia, pero así en ese sentido (...)”.

Sin embargo, los problemas basados en el género no eran solo para ella, como ella misma lo afirma:

“(...) nunca [hubo] apoyo para las mujeres y eran las que siempre estaban como ahí aprendiendo y los hombres algunos nos apoyaron porque otros [estaban] ocupados en los temas de la corta de madera entre otras cosas (...) en lo cotidiano casi siempre eran las mujeres, pero era con las uñas que ellas podían hacer, pero no para la generación de ingresos. El ingreso eso en las mujeres era muy escaso, no era lo mismo en los hombres que al hacer una corta de madera la iban a vender al aserrío y ah no que yo me hice tantos millones, que con eso compré el motor, pero las mujeres en su cotidianidad no generaban mayores ingresos (...) ha sido como una presión maquiavélica que cada vez que cada mujer que quiere desarrollar un liderazgo (...)”.

“La gente en mi territorio producía comida para comer”

Sin embargo, también pudo vivenciar cosas que la marcaron para siempre como la tranquilidad de su comunidad de origen, la laboriosidad de sus habitantes, el vínculo directo de todos con la tierra para el sustento diario y las costumbres tradicionales propias de una comunidad afrocolombiana rural. En sus propios términos:

“(...) En el corregimiento de San José la gente era muy sana (...) producía siempre su propia comida por eso, esos arraigos como que es difícil de dejarlos (...) era como una forma de vida de la comunidad (...) todo el mundo sembraba plátano, sembraba frijol (...) yuca, sembraba de todo y la miel era de la caña de azúcar, allá no se usaba la panela sino miel líquida, así se endulzaban los líquidos, el chocolate molido con piedras qué hacían nuestras mayores y era la gente en mi territorio producía comida para comer y alcanzaba para ir a vender a otros pueblos, a otros municipios (...)”.

“La gente dejó de morirse de muerte natural”

Si bien Yalile vivía en un entorno de profunda confianza, tranquilidad y tejido social, todo comenzó a cambiar desde el año 2000, cuando empiezan a hacer presencia grupos

paramilitares, guerrilleros y la Fuerza Pública. Desde entonces comenzaron a ocurrir homicidios, reclutamientos forzados, siembras de cultivos ilícitos, desplazamientos forzados abusos sexuales, combates, enfrentamientos, amenazas, entre muchos otros.

Ahí se introdujo la desconfianza y el temor en la comunidad. Antes todo era muy diferente, como lo describe Yalile:

“(...) jera una comunidad muy sana, sana pero sana! (...) en el tiempo en que yo crecí en mi pueblo escuchar que alguien se muriera era algo muy alarmante, uy Dios mío santísimo, porque la gente se moría de muerte natural, de vieja y era todo un ritual esa muerte, era una cosa que el pueblo todo se paralizaba porque era un ambiente de mucha paz de mucha tranquilidad (...).”

La llegada de los actores armados lo cambió todo. Algunos hechos afectaron a personas de altísima consideración que además desarrollaban funciones muy importantes en la comunidad, como fue el asesinato de Adrián Pinillo, líder del Consejo Comunitario de la vereda San José. Su asesinato no solamente vulneró su derecho a la vida, sino que afectó de forma directa a toda la comunidad por el inmenso respeto que le tenían.

Las afectaciones además de individuales, fueron comunitarias ocasionaron daños a todos al tiempo, como cuando los actores armados se ubicaron a lado y lado del río, siendo este su única vía de acceso. Esto hizo que la comunidad quedara en repetidas ocasiones en medio del fuego cruzado, encerrados, sin poder ejercer sus derechos colectivos. Los cambios se dieron en todos los ámbitos de vida individual y comunitaria. Las personas cambiaron, las formas y propósitos organizativos se modificaron, se perdieron costumbres, se alteró la economía, se acabó el intercambio de productos y así la comunidad fue dejando de ser lo que era, surgía la desterritorialización.

Incluso hasta apareció el Estado, pues antes del conflicto este estaba casi ausente, no tenía vínculo, había distancia de las instituciones con la comunidad, incluso no habían

programas estatales, pero con el conflicto armado también llegaron las instituciones... la comunidad había dejado de ser la que era.

“En medio del conflicto nos volvimos las mujeres superpoderosas”

Todos estos cambios generaron preocupación, zozobra y temor, emociones que se conectaron y llevaron a los pobladores y en especial a las mujeres a organizarse. Yalile lo describe en estos términos:

“[Creamos una organización de mujeres] la formamos a raíz de la necesidad, cuando comienza el conflicto y vemos en peligro la vida de los niños y niñas algunos no llegaban a la escuela otros empezaron a desaparecer, entonces ahí fue cuando tomé la iniciativa con varias Mamás. Tenemos que organizarnos para proteger a los niños y a las niñas porque o sino a todos se los iban a llevar (...) nos volvimos una asociación muy fuerte [esto lo supe cuando] logramos el primer rescate de dos menores de cinco años que se habían desaparecido, entonces hicimos la bulla en la escuela, no han llegado, no están donde las mamás (...) imposible que este ahogados si sabían nadar, allá los niños aprenden a nadar desde chiquiticos, entonces fue como la primera acción que tuvimos de irnos selva a dentro a buscarlos hasta llegar a un campamento y si los recuperamos, eso nos volvió las mujeres superpoderosas (...).”

Yalile y sus compañeras demostraron que la iniciativa y la organización colectiva eran una estrategia poderosa para evitar daños mayores generados por los actores armados, era una forma de resistencia no violenta a lo que estaba sucediendo. Entonces, cualquier cosa que pasara con una mujer o con un niño, era comunicada por ellas mismas a través de radios satelitales, se organizaban y ellas mismas enfrentaban los abusos.

Los daños ocasionados por el conflicto incluso llegaron al ecosistema, pues tras la llegada de los cultivos ilícitos, también llegaron las fumigaciones con glifosato, situación que también tuvieron que enfrentar con ingenio:

“(...) sembramos huertas, por eso lo de las huertas es algo que viene conmigo, las azoteas. Porque cuando la fumigación inicia como es un avión que pasa arrasando con todo, eso no le importa lo que es coca lo que es comida [entonces lo que dijimos] las mujeres [fue] vamos a conservar plantas medicinales, alimenticias propias de la región y eso fue lo que hicimos y en esa huerta comunitaria hicimos una incidencia comunitaria [importante que incluso la reconoció la ONU]”.

Yalile se encontraba ahora entre un pasado reciente sereno y un presente amenazante. En el pasado reciente la rutina diaria consistía en estar atenta a las actividades de organización de la casa, ir al río y pescar; en el presente el temor asechaba su vida, la libertad para moverse en el territorio se había esfumado y el río, el que fuera fuente de sustento y disfrute, ahora era escenario de peligros y amenazas.

Las pérdidas, los hechos y los daños fueron tan grandes que en el 2007 se da el hecho más grande, un desplazamiento forzado de 8000 personas que habitaban en la ruralidad hacia el casco urbano, entre estas Yalile y su familia. Pero no fue el único, luego de llegar al casco urbano se tuvo que desplazar forzosamente a Buenaventura, luego a Cali y finalmente a Bogotá, donde reside actualmente, en la localidad de Ciudad Bolívar.

“Yo me le comía toda la carne a la papa”

Fue entonces, desde su primer desplazamiento, cuando comenzó a hacerse consciente de cómo la comunidad vivía en su interior y como en los años había venido cocinando a fuego lento las habilidades que posteriormente le permitirían sostenerse en otros entornos de vida. Así, a donde llegó siempre recordó sus raíces y lideró para la gente, para que todos estuvieran mejor. Por eso mismo fue perseguida y desplazada en repetidas ocasiones. Yalile fue fuerte y debió aprovechar una y otra vez las habilidades aprendidas en su territorio y sobreponerse a las

dificultades, como le ocurrió en Bogotá, donde tuvo que llegar a trabajar en un restaurante, en el cual:

“(...) las compañeras mestizas pensaban que porque yo era negra tenía que saber pelar bien la papa, sabiendo que la papa en el pacífico no se da, nosotros sabemos pelar yuca, plátano, ¿pero papa? yo me le comía toda la carne a la papa. Decían “Y esta vieja siendo negra no sabe pelar papa, usted siendo negra (...)” Les decía la dueña “pues enséñenle, puede que ella no sepa, pero sabe otras cosas” Así, cuando era para preparar el pescado era hágale tal cosa, échele tal cosa y la dueña decía “(...) si ve que sabe otras cosas, déjela preparar a ella el pescado y ustedes pelen su papa (...)”.

Con el transcurrir del tiempo y en repetidas ocasiones en los lugares a los que ha llegado ha tenido que echar mano de sus habilidades comunitarias, y revivir los tiempos pasados, los tiempos de la violencia, cuando frente a las dificultades tuvo que unirse a otros para poder conseguir un poco de estabilidad. Es así como en lo urbano también ha tenido que empoderarse, liderar y agrupar a la comunidad:

“(...) la construcción de lazos comunitarios en Ciudad Bolívar surge por la misma necesidad, la misma necesidad (...) nos hace juntarnos para tomar decisiones conjuntas y colectivas, entonces en este entorno había mucha necesidad de trabajar por los jóvenes que estaban en pandillismo, en microtráfico, había mucha necesidad de trabajar con las mujeres víctimas y desmovilizadas (...) para mejorar la calidad de vida en los barrios subnormales, eso hace que nos vamos juntando y vamos haciendo redes (...)”.

En medio de todo lo anterior, en cada proceso Yalile ha podido continuar reconociéndose como una mujer que es capaz de resistir, de afrontar las vicisitudes y en especial de enfrentar la discriminación que en carne propia ha vivido, incluso en El Charco, su municipio de origen, pues los gobernantes han sido casi en su totalidad mestizos. Tras desplazarse pudo verificar que siempre los desplazados de El charco eran generalmente

poblaciones humildes, particularmente negros, negras e indígenas, no mestizos. Finalmente, en Bogotá, también sintió la exclusión y el rechazo sustentado en los estereotipos basados en su condición de negra, como lo menciona:

“la primera barrera que uno se encuentra es que no le arriendan por ser negro, un cuartico es difícil que se lo arrienden, yo no sé si ahorita porque en ese tiempo que yo llegué, que éramos bullosos, que donde llega uno llega un poco, como ahorita dicen de los venezolanos, decían antes de los negros y las negras, estaba el aviso y cuando veían que eran negros decían que ya está arrendado”.

“Hay que remendar ciertas fracciones que se han hecho y se están haciendo”

No es poco el sufrimiento que ha vivido Yalile. Actualmente estar lejos de su hogar natal, levantarse y acostarse con el frío bogotano, vivir la agitación y las congestiones de la ciudad no es fácil para una mujer que vivió en el campo, en la ruralidad colombiana. Pero hay más, hay añoranzas y construcciones culturales que como mestizos no se entienden pues para hablar, por ejemplo, del conflicto *“(…) hay preguntas que no se contestan con palabras, se contestan con un canto, se contestan con un poema, se contestan con una historia, se contestan de diferentes formas (...)”*. Sentires y emociones que escapan a nuestras elaboraciones y formas de comprensión, pero que en el corazón de Yalile perviven en forma de recuerdo y añoranza.

En medio de todo este largo transcurrir, Yalile finalmente parece haber encontrado un lugar de residencia tranquilo en Bogotá, en el que en medio de afrocolombianos y población de diferentes colores hay un trato que incluso la hace sentir como en una familia, una que esta pendiente de su casa, su barrio y su bienestar. Ahora construye desde la hermandad de sus pares de Ciudad Bolívar, aprendiendo de las diferencias y las experiencias de los otros. Evidenciando y promoviendo su cultura para transmitirla a las nuevas generaciones, a través de la organización de grupos de danza, de las mujeres cantaoras y la realización de actividades para niños y niñas y jóvenes.

Llegar a esto no ha sido fácil, pues Yalile ha perdido y sufrido muchas situaciones por las cuales ha tenido que remendarse en repetidas ocasiones, como si fuera una colcha, pues como ella misma lo narra:

“(...) las mayores en nuestro territorio usaban faldas muy grandes típicas y debajo de sus faldas protegieron a muchos hombres que venían de la guerra (...) los metían, les extendían sus faldas y nadie sabía que estaban protegiendo a alguien. Estás faldas cuando ya se gastaban de tanto uso, de tanto lavar, ellas las convertían en pequeños retazos cuadrados y las remendaban, por eso es que nosotros hablamos de remendar la memoria, la paz. Y la paz ha sido rota, fraccionada y de allí los oficios de memoria tienen que ver con el remiendo, hay que remendar ciertas fracciones que se han hecho y se están haciendo (...) entonces la colcha para nosotros es muy significativa porque es remendar los pedazos de esos faldones (...) de nuestras mayores que eran protectoras de vida (...) cuidadoras del territorio (...) parteras (...) comadronas (...) curanderas sabias, eran las faldas del matronato y con ellas hacían sus colchas. Hay gente que saber hacer colchas para tender la cama, para hacer cortinas, pero el significado de la colcha para nosotras es ese, preservar los remiendos de la memoria (...)”.

Desde la narración del devenir de vida de Yalile, es posible pensar en ella como una gran mujer, un referente de vida para todas aquellas personas que han sido afectadas por el conflicto armado; alguien que ha luchado por defender los derechos humanos, que ha contribuido con la organización de cada comunidad en la que ha estado, y que ha luchado por visibilizar y atender las debilidades y fortalezas en que se vive, ha dado cuenta de formas de resistencia no violenta para enfrentar las estructuras de poder que tanto en su territorio de origen, como en el de llegada han estado ahí para oprimir, para fragmentar lo construido, para romper los lazos comunitarios, para conseguir provecho sobre las necesidades comunitarias.

Sus competencias no las ha desarrollado por inercia, pues ha sido una mujer obstinada en el mantenimiento de la fe por lograr sus sueños, para un mejor vivir comunitario y para el

beneficio de las familias desplazadas que llegan a habitar en las periferias, en condiciones indignas. Su lucha por conservar la esperanza y luchar por un futuro mejor la han hecho una mujer fuerte que bien podría ser recordada por su capacidad para vencer obstáculos, impulsar el trabajo colectivo, tejer hermandad, luchar por la inclusión y contribuir con la construcción de paz.

La mujer Afro como resignificación de la vida y lo comunitario, Ana María Salas



“cuando llegan a uno que le dicen que no han comido en todo el día, esos momentos para mí son muy difíciles”

Mi Campo, Ay, quisiera volver

Ana María Salas nace el 03 de abril de 1974 en Bebará Chocó, en el seno de una familia campesina. El pueblo de Bebará se encuentra en el municipio Medio Atrato. Este pueblo ha estado dedicado a la pesca, la agricultura y la minería, siendo el epicentro de luchas entre los diferentes actores armados por el control de la riqueza aurífera.

El río que lleva el mismo nombre, es un afluente del famoso Atrato, el agua que comunica los pueblos Bebareños con Quibdó, la capital chocoana que queda aproximadamente a 4 horas en bote.

Al referirse a su lugar natal, dice, “quisiera ir, pero no se puede, ya no se puede”. Sus recuerdos se remontan a un lugar cerca del río, donde su abuelo tenía una casa grande y su padre y sus tíos habían construido cada uno sus casas alrededor de la casa paterna; el rostro se le ilumina y suelta grandes carcajadas al recordar las fechas especiales y las fiestas decembrinas:

“Eso era lo mejor que había porque en diciembre estábamos todos, nos íbamos para el pueblo que era más grande, más arriba, donde nosotros había un pueblo más arriba que le decían el caserío de vaga, y entonces en diciembre nos íbamos para allá, que matar el marrano todos juntos, la música, como nosotros éramos de un pueblito pequeño, escuchamos la música que en un radio normal, pero lo que era diciembre el 23, 24, 25, 30, 31 y primero pasamos allá y eso era de locos y bañarnos en el río y todo eso era muy bueno”

Recordar su niñez, adolescencia y juventud la hace sonreír, recuerda la familia, el abuelo, los tíos, los lugares de como el Río, al cual se refiere como el lugar en el que nació, “*era campo un río a orillas del Río*”. Este lugar está en sus recuerdos, para ir a la escuela, para ir a Quibdó, para ir a la fiesta, para celebrar, el río como un lugar lleno de significado. Trae a la memoria los amasijos con los que se celebraba el cumpleaños, y puntualiza que eso era antes de conocer las tortas de cumpleaños y de nuevo su alegre carcajada trae a la memoria momentos felices: “*Pero entonces hacíamos de maíz, una masa que le dicen cachi o los bizcochuelos y eso era lo del cumpleaños de uno, pues cuando llegué acá fue que conocí las tortas*”.

Sin embargo, trae a la memoria momentos tristes, en esta etapa de su vida, como la muerte de su tío,

“Así como de tristeza, cuando murió un tío que lo picó una culebra, y cómo estábamos en Bebará, aquí todo es muy lejos, entonces tocaba en lancha. Y si usted no tiene recursos. Y los curanderos cuando ya se le sale de las manos, toca llevarlos a Quibdó. Era como mi tío pequeño,

casi de la edad de uno, y uno se la pasaba con él; el murió cuando le picó la culebra y después murió mi abuelita, y fue muy dramático allá, porque todos juntos, porque siempre fuimos una familia. La casa grande que era de mi abuelito y las que se derivan de la casa grande, entonces cualquier cosa que uno le hacían, para la casa grande de los abuelitos. Ya mi abuelita no estaba ahí y eso fue muy triste para mí”

Su adolescencia estuvo marcada por un hecho que generaría cambios en su vida y en la vida de su familia, Ana así lo recuerda:

“El conflicto llegó, yo todavía estaba allá, tenía 16 años, pero no se miraba así cómo, que esto nos va afectar algún día, no lo miramos así. Cuando llegaron allá, uno nunca miró, esto nos va afectar algún día, porque llegaron con cara de ovejo manso entonces, uno nunca pensó que eso lo iba a afectar a uno. Usted los veía que andaban con sus armas, sus mujeres muy lindas y uno les trenzaban pelo y esas cosas, y uno nunca pensó que eso iba a llegar”

Lo anterior expresa la inocencia y la confianza que se brindaba en su comunidad y en su familia a las personas, hechos que más adelante van a volver a tocar la vida de Ana de manera dolorosa.

Durante este tiempo Ana termina de cursar su primaria en la escuelita a la que tenía que llegar en lancha y en la cual no había sino un solo profesor por horas, allí hizo hasta Quinto de Primaria, luego realizó el bachillerato en Quibdó, pero de acuerdo a lo que refiere no fue fácil:

“se le dificulta uno, porque, uno viene del campo y llega uno a la ciudad y tiene que estar viviendo uno en casa ajena, con otra gente, papá cuando subía le mandaba a uno las cosas desde el campo, nosotros decimos que es Maravaya que es la plata o el pescado. Cómo dificultoso y todo eso entonces, decidí irme otra vez para el campo y trabajar en las minas, toda la vida se ha trabajado en las minas y en la agricultura, lo que es la siembra y la mina”

Así van transcurriendo los años de juventud de Ana en el campo que ama y en el que empieza a formar su propia familia.

“¿Aquí que está pasando?”

Pero la tranquilidad duró algunos años tal y como lo cuenta: *“Entre los años 80 y el 88 llegaron ellos, y era como normal y tipo ya 90, ya entró otro grupo armado y ahí fue, ahí fue que el conflicto armado comenzó a ser conflicto, porque cuando llegaron ellos no, fue cuando entraron los paramilitares. Y ahí sí ya empezó a haber conflicto, ya empezaron a matarle la familia a uno y muchas cosas, que como que uno decía ¿Aquí qué está pasando? Ya a unos les tocó emigrar, a otros les tocó subirse para Quibdó, otros se salieron de dentro del Río, se salieron a orillas del Atrato”.*

Tiempo después el padre de Ana, tuvo que buscar uno de los comandantes, ya que los violentos querían reclutar a una de sus hermanas: *“mi papá habló con el comandante de la guerrilla: qué tanto tiempo ahí, que cómo le iba a hacer eso”.* Este hecho hace que el padre decida que sus hijas y nietos deban salir del territorio y los envía para Medellín, sin embargo,

Ana contaba con 23 años de edad, ya tenía pareja, era madre y deciden viajar a Bogotá en busca de oportunidades, no obstante la situación se complicó y de nuevo se trasladaron, esta vez para Ovejas-Sucre, tierra natal de su esposo, allí se dedicó al cuidado de su casa y de su familia, y él era el encargado de traer lo del sustento diario.

Pero el fantasma de la violencia llegó de nuevo, Era el año 2001 según lo recuerda: *“fue un 2 de febrero, me acuerdo como si fuera hoy, llegaron a Ovejas, quemaron casas abalearon al que se les dio la gana, nosotros vivíamos a 10 casas de la casa de mi suegra. El papá de mis hijos se tiró por el monte igual le dieron un tiro en una pierna yo me quedé con la condición de que recogía mis hijos y tenía que salir de ahí. Tenía a mis hijos eran muy pequeñitos, tenía los 4 y estaba embarazada de mi hija Hannia que ella nació acá. Ahí fue cuando llegó una vecina y me dijo, coja lo que pueda y se va, porque Alfredo lo mataron. Yo me fui para la casa de mi*

suegra y me dijo que sí, que lo habían matado. Gracias a Dios no lo mataron, entonces llegamos allá a la Cruz Roja. La Cruz Roja nos sacó hasta Sincelejo en Sincelejo encontré Alfredo, lo estaban atendiendo porque sólo estaba baleado en la pierna y no lo habían matado y así lo que es, tocar salir sin nada, ni registro civil, ni ropa de allá. Yo salí con mis cuatro hijos y cualquier cosita que les empaqué, yo no traje nada, hasta la Cruz Roja nos dio vestido con que vestirnos y todo”

“Acá tuve que ver que era tener que venir a luchar para darle de comer a mis hijos”

Ana y su familia, llegaron a Bogotá en el año 2001 a vivir en los albergues dispuestos por la Cruz Roja Colombiana. Ana estaba embarazada, con cuatro hijos y su marido en muletas, fueron días difíciles. De la Unidad de Víctimas les ayudaron a pagar unos meses de arriendo y como no conocían la ciudad, llegaron al Barrio San Blas en la Localidad de San Cristóbal, la situación no podía ser más dura, viviendo de casa en casa, aguantando hambre. Estos momentos, así los recuerda Ana:

“Mi hija nació el 25 de agosto del mismo año y bregue y bregue y nada, y el otro con muletas, porque Alfredo le quedó esa pierna vuelta nada y le tocó que le colocarán tornillos por fuera para reconstruirle, entonces yo acá tuve que ver que era tener que venir a luchar para darle de comer a mis hijos, porque en Ovejas no lo hacía, en Ovejas recogía lo que eran los huevos, arrancaba una cepa o eso, pero ya yo salir a ganarme el día de trabajo para darle de comer no, porque eso lo hacía él. Pero cuando llegué, ahí sí fue que supe, que es mirar cómo le das la comida a tus hijos, eso fue algo caótico, mi hijo Rafael llegó al hospital de San Blas, porque le salió unos brotes en el cuerpo, en el sitio que nos quedamos viviendo, que nos arrendaron había muchos bichos y nosotros veníamos del campo. Y llevar a mis hijos así todos cuatrico, con la barriga y con el otro en unas muletas porque tenía una cita mi hijo. Era la una de la tarde y yo no les había dado nada de comer y se me desmayó, la gente del hospital salió, el director del hospital al otro día llegó a la casa con cómo con tres cajas de mercado”.

Cada vez que recuerda la experiencia vivida en el barrio San Blas hace referencia a que no volvería a vivir en este lugar, que para ella trae a la memoria, sufrimiento, hambre y penurias y dolor comparándola incluso con la muerte de su padre: *“Como a dos cuadras arriba del hospital del San Blas, que ese barrio yo no quiero volver a vivir. Juré lo que yo nunca. Tengo un primo que hizo una casa allá y qué me dice, prima están vendiendo algo al lado mío, muy bueno, muy barato que no sé qué. Júrelo, que cosa, que yo no, ¡Ay Dios mío!, pero Dios me perdone, yo nunca quisiera volver a vivir en San Blas, ¡Horrible! Yo viví en San Blas hasta el 2003 y fueron los peores 3 años de toda mi vida. He tenido cosas fuertes, tuve la muerte mi papá después, pero así, pero eso de vivir mal tener cosas que uno dice no, no quiero más. Yo decía que era el sector. Duré como 2 meses durmiendo con mis hijos tres días en una casa, tres días en otra ¡Ay Dios mío bendito!”*

Sus recuerdos traen los golpes, la infidelidad del papá de sus hijos, quien cambió desde que llegó a la Ciudad, situaciones que nunca vivió en el campo y que ahora enfrentaba en medio de la pobreza y la necesidad: *“Como que, está no era la persona que yo vivía allá, a la que vino acá, a llegar a coger un machete para agredirme”.*

“nos consiguió una casita con los muchachos”

A pesar de las dificultades, siempre hay esperanza, es así como llega a la vida de Ana, el dueño de un restaurante ofreciéndole trabajo y techo para su familia, pero para conseguirlo debía viajar a Villavicencio, y establecerse allá, según sus palabras:

“Donde nosotros vivíamos, de ahí me salió un trabajo en el 2001 con un señor, me dijo que, con un restaurante, pero me tocaba irme para Villavicencio a trabajar con él y me fui para Villavicencio nos recibió y nos consiguió una casita con los muchachos, estando en Villavicencio nos volvemos acá con el señor Edgar a un restaurante que puso que puso acá por la 68 y dijo y qué pues confiaba, que yo viniera y se lo mantuviera y yo vine acá también de cocinera”

Habían pasado 5 años, su familia había logrado lentamente establecerse en Bogotá, pero la estela de la violencia seguía cerca, en el año 2005, cuando aún vivía en Villavicencio recibió una de las peores noticias, su padre y su hermano habían sido asesinados en el Bebará Chocó:

“En el 2005 estaba yo en Villavicencio, él había ido a Villavicencio el miércoles y me dijo que se iba a ir con mi hermano, que porque había venido un señor y un amigo le había dicho para que vendieran unas tierras que tenían allí, que eso ya no pasaba nada en el Chocó. Él ya estaba acá viviendo y se fue de aquí para Villavicencio para decirme. Estuvo allá esos días conmigo y llegó acá el jueves en la mañana. Se fue en la noche para Quibdó. El día sábado a las 7 de la mañana me llaman y me dicen que a mi papá y a mi hermano los mataron. Apenas llegaron allá a los mataron, por unas verracas tierras que ahora se las está comiendo el monte, la selva.

Estos recuerdos dolorosos hacen que Ana cuente un sueño que tuvo el viernes antes de la muerte de su padre:

“El viernes estaba así acostada al medio día y llegó y me tocó y me dijo: no vaya a llorar que me voy para Panamá y me voy con Norberto, pero yo lo vi vestido como un cura con una bata morada, pero no le veía la cara a Norberto, pero yo no me voy a ir solo, Al otro día me paré cuando sonó el teléfono yo no le quería contestar, y no le contesté. Volvió y marcó y yo le dije a mi amiga: ¡Contéstale! y cuando contestó dijo: dígame a Anita que la mamá y todos se van, porque el señor llegó allá al Chocó y los mataron, apenas llegaron allá a las 3 de la mañana.

Ella recuerda como los asesinos, mataron a su hermano y a su padre delante de su hija menor: “se habían llevado de aquí a Hannia, mi papá la había llevado porque allá teníamos unos tíos y entonces para que conocieran a su nieta cansona y se la llevan, y no les importó que ellos estuvieran con la niña, tenía 5 añitos. Ella, (Hannia) se acordaba antes, ahorita ya no volvió a decir, decía: mi abuelo se lo llevaron para el hospital y lo acostaron y no volvió a venir. y eso fue, yo no creía que era verdad, yo no creía,

Este hecho marcó la vida de Ana, el dolor de la muerte de su padre en el 2005 hace que se aleje del lugar que la vio nacer, prometiéndose no volver más allá: *“el murió el 5 de septiembre y en diciembre recogí, dejé la casita que teníamos allá Villavicencio y la arrendé y me vine a Bogotá y nunca más quise volver al Chocó”*.

Han pasado 16 años y el sentimiento es tan fuerte que aunque sus familiares afirmen que la situación de Bebará ha cambiado ella afirma que no piensa volver: *“mi hermana ayer me decía, por qué no conseguimos plata y hacemos algo allá, eso allá se está poniendo bonita, porque ahorita sólo está la guerrilla y no hay tanto problema”*.

La pérdida de su padre la hace sentir que lo que paso no fue justo y que su padre era bueno: *“Soy egoísta, pero tengo un tío que es muy maloso y yo digo porque no lo mataron a él y no a mi papá”*

Tiempo después, cuando su hija menor Hannia solo tenía 6 años Alfredo los dejó, según Ana, él los abandonó porque los culpaba de todo lo malo que le había sucedido, se fue con otra persona. Pasaron diez años para reencontrarse con él, El papá de sus hijos estaba en un hogar de paso para ciudadanos habitantes de calle, se había vuelto consumidor de Alcohol y de drogas. Ana, narra cómo sus hijos a pesar que su padre no estuvo con ellos para sacarlos adelante, se alegraron al saber que no había muerto por ello decidieron darle una segunda oportunidad, sin embargo, él no supo aprovecharla, por el contrario, continuó en el consumo, por esa razón ya esporádicamente tienen contacto con él.

Durante muchos años estuvo dedicada al cuidado de sus hijos, tuvo varios trabajos al tiempo para sacarlos adelante, ingresó a la Universidad a estudiar derecho, pero no pudo, tiempo después ingresó al SENA a estudiar Hotelería y Turismo. Consiguió un lote en el barrio Paraíso y aunque sus luchas fueron siempre por sacar adelante a sus hijos, tuvo que enfrentar, discriminación y rechazo por ser víctima del desplazamiento forzado, pero también, tuvo que

enfrentar discriminación por ser afrodescendiente: *“Hace mucho tiempo yo estaba en la universidad, me fui con todo mi carisma y conocimiento a un empleo y yo dije yo vengo pa’ eso, yo sé hacer una base. yo sé hacer no sé qué y llegué y la señorita que me recibió llegó y me dijo: No creo que el trabajo aplique para ti.” otra vez, fui a un banco y el asesor ¡Ay! El asesor que le fue bien mal conmigo, me dijo: ¡Ay! No te me vayas a ofender, pero es que por política no le damos créditos a negros, porque ¿Con qué van a pagar? Llegué y le dije antes de ser asesor y sentarte allá aprende porque no sé por qué te tienen ahí sentadito se me enojó y me buscó la lengua le dije su poco de verdades y me fui”.*

En el Barrio donde vive actualmente, también ha experimentado el racismo en diferentes ocasiones: cuando fue de la junta: *“Por lo menos yo estuve de presidente de la junta en donde estoy viviendo, y la gente apenas: es que la negra esa, porque no sé quedó dónde estaba y viene a decir eso”* y ahora como lideresa de la comunidad persisten las expresiones de discriminación así ella lo describe: *“Sí, porque nosotros acá tenemos una señora de la junta, pero cuando van a donde ella, la señora dice: ¡Ay! suban y pregúntenle a la negra. Será racismo, pero ella siempre dice pregúntenle a la negra”*

Sin embargo, Ana nunca dejó que estas palabras detuvieran sus deseos de trabajar por los demás, a quienes siente cercanos: *“nosotros acá somos una familia grandota pero una familia entonces Si nos ponemos a pelear unos con los otros que porque usted es blanco que porque usted es negro que porque usted vive allá porque usted acá entonces”*

Trabaja por igual, por todas las personas víctimas, porque de acuerdo con sus palabras la violencia no distinguió etnias, ni grupos, para ella la violencia fue a causa del territorio y por eso su trabajo se enfoca en las víctimas ya sean, afrodescendientes, mestizos o indígenas: *“La mayoría son afro, pero para mí es por igual la violencia, el conflicto es por igual en el campo, seamos afro o mestizos, porque es una violencia de territorio. Yo, Ana Salas lo veo como igual, porque ahorita yo tengo igual familias mestizas, indígenas y afro entonces es como por los territorios, sea Chocó sea, Cauca, Boyacá o Tolima es como por territorio”.*

Su energía la ha enfocado en trabajar por la comunidad, así sus hijos cuestionen la labor que desarrolla, ella expresa con entusiasmo: *“Mi hijo grande si me dice: usted sí que es metiche, ¿Qué tal que le hagan algo? ¿A nosotros quién nos ayudó? Yo le digo por eso, Dios nos ayudó y yo los ayudé y la gente que me daba trabajo también nos ayudaba, entonces yo ahorita voy a ayudar por los que me dieron trabajo, porque Dios los ayudó a ustedes y así”*

“Hasta que yo pueda ponerme de pie y todo voy a estar ahí”

Al hablar de su organización social, se le iluminan los ojos y cuenta con detalle como todo empezó con la Señora Adíela, ella la invito a reuniones. Fue en esos lugares donde ella entendió que se abría un mundo nuevo, en el cuál, ya no solo iba a estar luchando por sus hijos, según cuenta, sino que iba a trabajar por otros: *“También conocí la problemática que había en Ciudad Bolívar. Antes yo llegaba me encerraba en la casa y que mis hijos estuvieran bien y yo no sabía si pasaba o no pasaba”.*

Se dedicó entonces a conocer la localidad, las problemáticas de su sector, a realizar articulaciones con entidades del distrito, con el fin de ayudar a otros, a través de mercados, clases, computadores. Su interacción va más allá, al lograr entablar dialogo con jóvenes en situaciones de vulneración, así como con los actores sociales que promueven esta prácticas de consumo y delincuencia, ganándose su confianza y respeto, como dice ella *“apunta de diálogo”,* de alegría y buenas palabras: *“Yo le arranqué tales y tales niños de su dominio, pero no lo hice peleando lo hice hablando, sí le tengo su recelito, pero no se lo demuestro, me voy allá y lo hago reír y le voy arrancando los chinitos que me tiene allá y se los voy arrancando”*

Sus acciones han sido reconocidas por la comunidad que desde otras localidades le piden su liderazgo y gestión efectiva: *“voy a apoyar San Cristóbal porque la comunidad me lo pidió; qué tan bonito lo que hacíamos en Ciudad Bolívar. qué en San Cristóbal también hay una líder pero que ellos no saben no saben quién es ni las conocen Entonces tuve cita hoy a las 8:00*

con la Alcaldía de San Cristóbal”

A pesar de los desafíos planteados por la pandemia, logró reinventarse y junto a sus coequiperas, logró promover acciones para ayudar a la gente del territorio, a través de restaurantes comunales, fabricación de tapabocas y de tocar de puerta en puerta, y de entidad en entidad, *“Pedí ayuda muchas partes, de Techo me dijo aquí estoy me donaron alimento, y entonces, nos empezamos a re inventarnos Y empezamos a vender dentro del barrio y a la gente que fuera llegando un almuerzo. Con las mamitas trabajamos de domingo a domingo. El lunes trabajaban tres, así de tres en tres para que todos tuvieran sustento para llevarle sus familias, con qué darles de comer a sus hijos, después compramos tela e hicimos estos tapabocas, entonces las que no sabían cocer arreglaban esto, le quitaban los hilitos las otras las empacamos, otra salíamos y vendíamos. Pues este año seguimos ahí en la lucha, está duro, pero vamos tocando puertas en las entidades para que tuvieran al menos un mes mercadito Y así como la mayoría son víctimas nos tocó por el lado de la unidad, ellos nos evacuaron lo que fueron mercados, cada dos meses”*

Según ella misma dice que es escuchada y que siempre logra salir con algo para su gente: *“mis fortalezas y virtudes, hablar con la gente. Es que yo hablo muy bueno con la gente y todo el mundo me pone cuidado. Eso yo llego alguna institución y como que me pongo hablar y de allá con algo salgo, es que es como duro que me digan que no, pero no, no me dicen que no”.*

Esta mujer, demuestra fuerza y tenacidad, sin embargo cada vez que siente que hay una situación en la cual ella no logra resolver, siente tristeza y angustia, manifiesta que la solidaridad es la fuerza transformadora para hacer de un lugar que antes estaba sumido en la delincuencia, la indiferencia en un sector de tranquilidad y solidaridad, como dice ella *“Porque después de cierta hora no hay bulla no hay escándalo, no hay nada, no se pierde nada, entonces decimos es que nosotros vivimos en la colina campestre”*

Ana María Salas Moreno es una mujer afrodescendiente, lideresa, llena de vitalidad, que ha

decidido entregar su vida, su alegría y su trabajo en favor de su comunidad, para sacar adelante su territorio y su gente *“esa zona, aunque necesita mucho trabajo entonces yo digo hasta que yo pueda ponerme de pie y todo voy a estar ahí haciéndolo, porque necesita todavía necesita mucho trabajo”*.

Afectaciones individuales y comunitarias, interseccionalidad y reterritorialización

Para determinar las diferentes afectaciones individuales y comunitarias fue necesario tener en cuenta como se entretajan los diferentes aspectos del género, a partir de los cuales surgen afectaciones enmarcadas en los estereotipos, roles y violencia de género; de etnia, en donde se evidencian prejuicios que se materializan en discriminaciones acentuadas y vulneraciones; y del espacio en el que habitan las mujeres afrocolombianas y que hace referencia al territorio. Estos elementos se contextualizan en el conflicto armado vivido por las dos mujeres participantes en la investigación y en sus lugares de reterritorialización.

Las historias de vida de ambas mujeres mostraron una serie de confluencias en su procedencia: Nacen en sectores rurales, con características similares, en tanto que sus comunidades se desarrollaron al borde de un río. Provenientes de familias campesinas, trabajadoras, productoras de su propio sustento, con fuertes lazos comunitarios y ancestrales y diversidad de aspectos culturales, el desarrollo de su vida es afectado drásticamente con la aparición del conflicto armado, *“(...) el problema ya de esos lazos [que] crea, que uno tiene, lo de la salud, esas cosas ancestrales, que si usted le dolió la cabeza que se puso un pedazo de limón, que se puso una cosa, que se puso la otra, qué cogió una hierba que la masticó, en cambio uno sale del territorio y ya son otras cosas, todo eso se tronca”*(Quiñones, 2021). *“(...) esas juntanzas que tienen las mujeres en las comunidades, todo eso se extraña”* (Quiñones, 2021).

Para las dos mujeres los recuerdos de infancia, hacen referencia a momentos familiares y sociales, ricos de experiencias, en los cuales manifiestan nostalgia por la imposibilidad de volver a sus lugares de origen, por temor, por la intención de olvidar o sentir que ya no se

pertenece a ese lugar. Estas experiencias están marcadas por una relación comunitaria que hace parte de su cultura y de su forma de vida y la cual es fragmentada y transformada a raíz del desplazamiento forzado que se da en el marco del conflicto armado, “Con la llegada a Bogotá por el mismo hecho de que ya no estás con la misma gente, con la misma comunidad, ya no estamos con esa misma gente conocida, entonces de alguna manera se generan esos cambios”. “Dentro de la comunidad hablándolo así [se] tenía todo y que me arrancaran esa comunidad [...] y conocí unas cosas que me llevaron, fue [que] me llevaron a mi como a un barranco (...). (Salas, 2021).

En los relatos de las dos mujeres se encuentra la presencia y aceptación acentuada de los roles de género en sus comunidades de origen, y que fueron inculcados por la tradición. Expresiones como: “Me gustaba mucho jugar pelota. Patiaba, como si fuera hombre, entonces eso era mal visto. mujer que pateaba pelota es macho”(Quiñones, 2021) denota como las actividades estaban clasificadas de acuerdo con quien las desempeñara. La designación de actividades cotidianas relacionadas con el cuidado y la familia indican esta misma división de roles: “Si yo viví como marcado lo del patriarcado, el hombre es el que provee en la casa. Yo viví en la época en la que la mujer no tenía como mucho acceso a eso a capacitarse a prepararse, era la que tenía que lavar, planchar, mantener la casa limpia, pero así en ese sentido.” (Quiñones, 2021)

Estas concepciones frente a aquello que está instaurado socialmente para que realice la mujer, se vivencian por las mujeres de mayor manera en los procesos de reterritorialización, evidenciándose en un primer momento como una afectación, dado que deben realizar nuevas actividades que en su territorio no llevaban a cabo y que les generan miedo, estrés, impotencia, pero en un segundo momento, se identifica como el cambio de roles les da mayor empoderamiento y reconocimiento de si mismas para afrontar adversidades, “acá, yo supe que era tener que trabajar para dar de comer a mis hijos” (Salas, 2021), esta expresión permite entrever lo que significó asumir el rol de proveedora cuando este era un trabajo destinado a los hombres.

De igual manera se evidencia como para el acceso al componente educativo las mujeres tienen mayores dificultades, “un desafío grande, fue mostrar ese deseo a mis papás de querer estudiar, si de querer estudiar, de no quedarme ahí, de no terminar la primaria y coger marido, no” (Quiñones 2021). En la anterior mención se puede establecer como se convierte en un desafío el querer estudiar porque esa actividad no está dentro de las que están socialmente aceptadas para las mujeres, las mujeres deben casarse y tener hijos. De igual manera se identifica como el acceder a la universidad se dificulta ya que la mujer debe continuar ejerciendo el cuidado de los hijos, debido a que no hay una equidad en los roles de padres, “la universidad no terminé porque si iba la universidad, no podía estar con mis hijos” (Salas 2021).

Ahora bien, en cuanto a la relación entre género y conflicto armado, se evidencian experiencias distintas en las dos mujeres, mientras para una, el conflicto armado significó todo tipo de violencias y vulneración en todos los niveles, como una de ella lo expresó: “Todas, no tiene pregunta, violencia sexual, no Dios mío, toda clase de abusos, racismos, de todo” (Quiñones, 2021). Para la otra, el conflicto armado es entendido como un tema de “hombres”, y las mujeres que eran afectadas era por la relación de las acciones de los hombres que se encontraban a su lado: “llegaban y era el esposo de uno o a uno le decían: “señora Dígale a su marido que tiene que salirse. Pues a uno como que lo amedrentaban más, para que uno tuviera que salir, entonces uno ya no miraba, usted se miraba ya como que era una bendición ser mujer”. (Salas, 2021).

Lo anterior da cuenta, en primer lugar que las afectaciones fueron diferenciadas, en la medida en que en una región se ejerció la violencia de manera directa y física hacía las mujeres, en la otra la violencia fue con una representatividad mayor del tipo psicológico, en donde se enviaba un mensaje de representación simbólica, no hay violencia física de manera directa contra ellas, pero al ser quienes reciben los “mensajes” se ejerce otro tipo de violencia con daños similares y en algunos casos mayores.

En segundo lugar, se identifica en el caso de la violencia psicológica, como esta a su vez se desdibuja y no es entendida de esta manera, es decir, se percibe que es mejor ser mujer que hombre dado, que la afectación directa será para ellos y a las mujeres no les harán nada, sin embargo, con este tipo de violencia se está ejerciendo un mayor poder desde los grupos armados, por cuanto, por un lado la responsabilidad de la vida del hombre depende del convencimiento que la mujer haga para que se desplacen, y por el otro, las invisibilizan como forma de discriminación y son utilizadas.

En el marco de las vivencias que se relacionan con hacer parte de una etnia en los procesos de reterritorialización, se pudo identificar la existencia de diversos tipos de racismo, el simbólico, en el cual aunque se presenta un rechazo al racismo tradicional, se encuentran sentimientos negativos hacia las personas afrodescendientes, que son justificados en sus comportamientos y que corresponden claramente a prejuicios, tal y como se identifica en los siguientes relatos de vivencias de las mujeres afrocolombianas, “Ay no te me vayas a ofender, pero es que por política no le damos créditos a negros, porque con que van a pagar?” (Salas, 2021), (...) la señorita que me recibió llegó y me dijo: “No creo que el trabajo aplique para ti” (Salas, 2021)

El racismo etnocentrista, en el cual se establece una superioridad cultural, rechazando las prácticas del grupo étnico, como se evidencia en “(...) que éramos bullosos, que donde llega uno llega un poco, como ahorita dicen de los venezolanos, decían antes de los negros y las negras, estaba el aviso y cuando veían que eran negros decían que ya está arrendado”. (Quiñones, 2021). Lo anterior permite dar cuenta de cómo las mujeres además, de las afectaciones sufridas por el desplazamiento forzado se encuentran abocadas a mayores dificultades por el hecho de ser mujer, pero más aún, por el hecho de pertenecer a una etnia como la afrocolombiana.

Resistencia y Resignificación para la creación de nuevas territorialidades que aporten a la paz.

En relación con la incidencia de mujeres afrodescendientes en los procesos de resistencia no violenta y cómo sus acciones contribuyen a la construcción de paz, a partir de los relatos se pudo determinar como se afronta lo que aconteció, cómo a través del liderazgo y la organización social y de manera no violenta se hace frente a los actores armados, con el fin de proteger la vida: "Tomé la iniciativa con varias mamás. Tenemos que organizarnos para proteger a los niños y a las niñas porque o sino a todos se los van a llevar". (Quiñones, 2021). En esta narración, es posible evidenciar el planteamiento de Useche (2016) "En medio del desorden y la confrontación causados por los dispositivos de dominación y la guerra perpetua que se impone, en las poblaciones surgen nuevos modos de vida que se enuncian como estrategias sociales y que, por su carácter de ruptura con la lógica de guerra, se denominan no violentos" (p. 259).

Hacerle frente al conflicto armado implica para las comunidades en principio intentar mantener un estado de aparente normalidad y convivencia pacífica, como sucedió en el territorio de Ana Salas, ella cuenta cómo en principio no se dimensiona el conflicto: " (...) cuando llegaron allá uno nunca miró esto nos va afectar algún día, porque llegaron con cara de ovejo manso, entonces uno nunca pensó que eso lo iba a afectar a uno, usted los veía que andaban con sus armas, mujeres muy lindas y uno les trenzaban pelo y esas cosas y uno nunca pensó que eso", (Salas, 2021). Sin embargo, tras la irrupción de acciones violentas, las poblaciones no tienen más opción que salir de los territorios para proteger la vida y la familia, así se pierdan las posesiones: "ya empezaron a matarle la familia a uno y muchas cosas, que como que uno decía aquí que está pasando, y a unos les tocó emigrar, a unos les tocó subirse para Quibdó, otro se salieron de dentro del Río se salieron a orillas del Atrato" (Salas, 2021).

Tal y como lo plantea González (2011), "los procesos de resistencia no violenta al conflicto armado se basan en un poder afirmativo en términos de potencia de vida, pacífica, sin violencia" (p.243), mujeres como Yalile y Ana han logrado hacer frente a los violentos, ya sea en

el territorio de origen o en los lugares de reterritorialización, para hacer valer los derechos de personas de sus comunidades, afrontando el riesgo que eso implica. Yalile a través de su lucha noviolenta logra con otras mujeres reclamar derechos:" tuvimos que irnos selva a dentro a buscarlos hasta llegar a un campamento y si los recuperamos, eso nos volvió las mujeres superpoderosas". (Quiñones, 2021).

La resistencia en los procesos de reterritorialización.

Tal como se había enunciado con anterioridad, las dos mujeres afrocolombianas que abrieron espacios de confianza para transmitir fragmentos de su vida, poseen características similares, además de las anteriormente mencionadas, la dos mujeres habitan en la localidad 19, Ciudad Bolívar, la cual ha sido históricamente una localidad en continuo crecimiento convirtiéndose en uno de los lugares en los cuales se hace evidente el concepto ciudad refugio, que de acuerdo con Rodríguez,(2014),

Busca sintetizar los procesos y las fases que llevan al habitante rural a convertirse en desplazado que busca una nueva opción de vida en las ciudades. Esta transición personal y familiar, está anclada a las transformaciones territoriales evidenciadas en la Colombia contemporánea. Estas transformaciones se expresan en la relación entre despojo rural, desplazamiento hacia las ciudades y reconfiguración de las periferias urbanas. La ciudad refugio hace referencia a la parte final del ciclo, en la que el destierro rural aparece como uno de los motores del crecimiento sostenido de las periferias urbanas y construcción informal de la ciudad (p. 63).

Al analizar los sectores en los que viven las mujeres participantes del proyecto, se evidencia como en ambos casos se vivencian situaciones similares de informalidad, carencia de servicios públicos, barrios no legalizados, falta de equipamiento urbano, entre otros y haciendo evidente los procesos de autoconstrucción.

Barrio El Recuerdo Sur. En este sector se encuentra Yalile, con su esposo, viven en un barrio sin legalizar, por lo tanto carecen de servicios como acueducto y energía eléctrica, las conexiones que tienen son ilegales, sin embargo a través de su conexión carga los celulares de las casas aledañas, posee una pequeña tienda improvisada (mini mercado) en el que además de vender alimentos básicos también organizó un espacio de venta de ropa y zapatos de segunda a la que acuden los vecinos cercanos. En este lugar se dan cita semanalmente un grupo de Cantoras, mujeres víctimas del conflicto armado compuesto en su mayoría por mujeres afrocolombianas. También realizan ensayos de danza, con el fin de que los niños afro del sector mantengan sus raíces.

Barrio Alpes. En el caso de Ana, quien habita con sus hijos y nietas en el barrio Alpes, el cual ya cuenta con servicios públicos tales como, agua, luz, gas e internet, varias de las viviendas, incluida la suya no cuentan con escrituras, solo tienen promesa de venta. Varias de las casas se encuentran en la ronda de un canal de aguas negras que no se encuentra debidamente intervenido por lo que varias familias están expuestas a los problemas de salud causados por esta situación y la cual está siendo puesta en conocimiento de las entidades competentes a través del trabajo de liderazgo que Ana realiza en la zona.

Es en estos barrios donde se han dado los procesos de reterritorialización de las dos mujeres y en donde se han identificado formas de resistir a la ocurrencia de situaciones que afectan los derechos de las poblaciones más vulnerables. En la experiencia de Ana, cuenta cómo ha encontrado formas no violentas de relacionarse con los expendedores de droga del territorio en el que vive para recuperar las vidas de jóvenes inmersos en el consumo de droga: "No, pues sí le tengo su recelito, pero no se lo demuestro, me voy allá y lo hago reír y le voy arrancando los Chinitos que me tiene allá y se los voy arrancando" (Salas, 2021), a través de estas experiencias se evidencia como las formas de resistencia se dan en todos los lugares en los cuales se ve amenazada la vida, así los actores cambien de escenario, siempre la fuerza resistente de estas mujeres surge para reafirmar la vida.

Tanto Ana como Yalile, se caracterizan por poseer liderazgo innato, sumado al espíritu de servicio, no sólo con relación a sus familias, sino sobre todo con las comunidades en las que se desarrollan, afirmando lo planteado por Useche, citado por González, (2011),

Por medio de las resistencias sociales pacíficas, se potencializan necesidades emergentes de diversidad, empoderamiento y beneficio mutuo, donde se reivindican las luchas de los excluidos, vulnerados o minimizados, aunque la dominación ejercida sobre las mujeres hace referencia a la idea arraigada de la hegemonía patriarcal, en la cual la figura del varón define la vida, el quehacer de la familia y de la sociedad, las mujeres afrodescendientes víctimas del conflicto armado toman en sus hombros la lucha pacífica y revierten los estereotipos patriarcales asumiendo ellas mismas funciones que la sociedad, la guerra, habían destinado a los hombres. (P. 243)

En el caso de Yalile, ella se reconoce como lideresa desde muy pequeña, ya que hace parte de la tradición familiar. En diferentes ocasiones ha sido la voz de su pueblo, de las víctimas como ella misma expresa: “La misma necesidad es la que nos hace unirnos, es la que nos hace juntarnos para tomar decisiones conjuntas y colectivas, entonces en este entorno había mucha necesidad de trabajar por los jóvenes que estaban en pandillismo, en microtráfico, había mucha necesidad de trabajar con las mujeres víctimas y desmovilizadas y esas necesidades de trabajar con los niños y las niñas también” (Salas, 2021).

Para Ana ser lideresa es trabajar por los demás, ser la voz de quienes han sido víctimas, sean afro, mestizos, indígenas, ella se ha destacado en su territorio por su labor de mediadora, así como da cuenta el trabajo que hace con sus vecinos: “Y otros que no tenían agua otros que estaban con problemas, que son madres cabeza de hogar, que yo les decía y es que todos, todos, pregúntele que sí de 100 hay cuatro que no sean víctimas, son muy poquitos y todos vivimos en esta pendiente porque no tuvimos para dónde más coger, meternos en esta Loma, que cuando llueve “el uno dice que me estoy mojando” “busquemos una teja y arreglemos el ranchito al otro” (Salas, 2021).

El trabajo desarrollado por estas lideresas, no se realiza de manera individual, en él se vinculan las comunidades, con las cuales forman organizaciones sociales, las cuales buscan no sólo el restablecimiento de los derechos, sino que a su vez promueven en los lugares de reterritorialización acciones para la formación cultural y a través de esta mantener vivas sus tradiciones, impulsando y generando a su vez nuevas formas de reconstrucción de los lazos comunitarios y del tejido social. En el caso de Yalile su trabajo se enfoca también a mantener sus raíces, se esfuerza para que los niños y jóvenes no olviden sus tradiciones, sus bailes. Por ello reúne a otras mujeres afro víctimas del conflicto armado con quienes entonan cantos usando sus trajes tradicionales, reafirmando su identidad, alzando la voz como ella misma dice: “(...) lo que hemos tratado por todos los medios es tratar de implementar nuestra cultura aquí”. (Quiñones, 2021)

Para Ana, la reterritorialización trajo consigo una lucha permanente por el bienestar de su familia, sin embargo encontró la forma de vincularse a procesos organizativos y descubrió una manera de ayudar a su comunidad: “Yo llegué a Ciudad Bolívar como en 2006, llegué a Ciudad Bolívar y no había todo lo que hoy nos conseguimos (...), hay demasiado cambio, en lo cultural hay muchas cosas que han cambiado, como todo lo que tiene que ver con los afros y en la parte cultural todo y ahorita tenemos una casa de juventud y muchas cosas que no habían en Ciudad Bolívar en su momento” (Salas, 2021). Es decir que se reconstruye en los territorios los aspectos que son más importantes para la comunidad.

Ellas a través de su trabajo luchan por el bienestar de sus comunidades, para alcanzar mejores condiciones de vida, se articulan con instituciones estatales, Organizaciones No Gubernamentales, otras organizaciones sociales, y junto ellas se han desarrollado acciones como: Acceso a la educación a través de la donación de computadores, huertas comunitarias, el derecho a un techo digno por medio de la entrega de vivienda, comedores comunitarios, emprendimientos que incluso han sido ayuda en tiempos de pandemia como la fábrica de tapabocas.

Estos hechos permiten evidenciar cómo estas dos mujeres afrodescendientes víctimas del conflicto armado, no solo han desarrollado procesos de resistencia no violenta de cara a los actores del conflicto armado, sino también, cómo han incidido en la construcción de nuevas territorialidades en donde se deslegitima la violencia en todas sus manifestaciones, se fortalecen los lazos comunitarios y afectivos y se aporta al “buen vivir” y a la paz.

Capítulo 5. Conclusiones

Una vez finalizado el ejercicio investigativo y tomando como referente las indagaciones aportadas por las diferentes fases, y en especial por las experiencias aportadas por las dos mujeres participantes, es posible puntualizar algunos aspectos:

El ser mujer afrocolombiana desde tiempos atrás ha implicado una lucha por la eliminación de los diversos prejuicios que han generado estereotipos y discriminación relacionados con el género. En la presente investigación se pudo identificar como, tanto en los lugares de origen como en los de reterritorialización, el ser mujer y afrocolombiana implica tener que ejercer un esfuerzo mayor para lograr un reconocimiento, la posibilidad de llevar a cabo sueños, metas y proyectos de vida, lograr equidad en las relaciones sociales y comunitarias, acceder a procesos y proyectos productivos, entre otros.

Lo anterior se acentúa de manera significativa con la llegada del conflicto armado, a partir de lo cual se agudiza la afectación, ya que se evidencian con mayor fuerza la discriminación en razón a la etnia, los estereotipos sexistas y la violencia de género representada, como en el caso estudiado, en una violencia tanto física y psicológica que vulnera aún más a la mujer afrocolombiana por cuanto las separan y aíslan de sus prácticas diarias, en territorio y ancestrales y lo que ocasiona a su vez que se les dificulte de mayor manera la adaptación a los nuevos territorios de llegada.

El conflicto armado además de aumentar la afectación dado el género y la etnia, conlleva otro aspecto relevante y que está relacionado con el territorio, el espacio en el que habitan las mujeres y que se relaciona de manera directa con la tierra y por el cual en varias regiones del país se han dado diferentes incursiones de los diversos grupos armados, ocasionando numerosas vulneraciones con el fin de adquirirlas de manera ilegal para ser puestas a disposición de diferentes estructuras criminales y de poder que tienen intereses en éstas.

Las comunidades de origen de Yalile y de Ana, según como ellas lo recuerdan, eran territorios de paz, en los cuales a pesar de las necesidades y carencias, mantenían la unión familiar, el trabajo comunitario, el reconocimiento por el territorio, por la relevancia de la naturaleza, de ello emergieron su cultura y sus tradiciones. Ambas coinciden en afirmar que la irrupción del conflicto armado produjo afectaciones tanto individuales como colectivas, fragmentando los lazos comunitarios, generando miedo y desconfianza.

Al llevarse a cabo el desplazamiento forzado, los procesos organizativos y de liderazgo se menoscabaron, ocasionando que las comunidades quedarán vulnerables frente a las estructuras de poder que están detrás de la guerra que llegó a sus territorios. Los lazos comunitarios como referentes de los procesos sociales en las regiones se fragmentan dejando como resultado la desconfianza entre las comunidades.

Ana y Yalile manifestaron haber vivenciado situaciones de discriminación étnica a su llegada a los nuevos lugares de reterritorialización, sin embargo ambas concluyen que estas situaciones se han ido transformando con el paso de los años, los prejuicios se han minimizado y los estereotipos ya no son tan representativos como en su momento los tuvieron que vivenciar. Reconocen que en la actualidad se presentan discriminaciones entre los mismos afrocolombianos que son más evidenciadas que la de los mestizos como ellas los denominan.

Durante el proceso de elaboración de la historias de vida, se evidenció como ambas mujeres poseen empoderamiento de su papel como mujeres y cómo han logrado desarrollarlo en sus familias y comunidades convirtiéndose en referentes sociales para la defensa de los derechos de las personas en sus territorios. En el caso de Yalile se evidencia un gran interés de mantener su cultura y de transmitirla a las nuevas generaciones de personas afrodescendientes. Por ello organiza grupos de danza, mujeres cantaoras, y participa en actividades distritales con el Centro de Memoria Paz y Reconciliación, haciendo parte de las mujeres de la Colcha de Retazos.

Ana Salas y Yalile Quiñones, a pesar de haber sido protagonistas de hechos victimizantes, en diferentes oportunidades, no ha perdido la alegría, el optimismo por construir un futuro mejor, demuestran a través de acciones como: mini mercado comunal, fabrica de tapabocas, huertas comunitarias, comedores comunitarios, arrendaton, donación de computadores y otras más, la preocupación por el bienestar de sus comunidades. Su trabajo creativo e incansable, inspira a quienes las conocen, confirman la idea que a pesar de los horrores que significó el conflicto armado, si todos trabajan juntos, es posible perdonar y avanzar como sociedad.

El territorio para la comunidades significa la vida, salir de él comporta la ruptura con sus raíces, sin embargo a través de los procesos de reterritorialización esta mujeres luchan por mantener y fomentar sus tradiciones, recrear el espíritu comunitario y de ayuda mutua.

Se identificó como otra forma de resistencia, las maneras a través de las cuales las mujeres promueven la generación de procesos productivos de cara a nuevas alternativas al desarrollo, en donde se evidencia la primacía de las relaciones comunitarias, la defensa de la naturaleza, la vinculación de las prácticas ancestrales, que se enmarcan fuera de lo que hace parte de las formas de desarrollo del modelo capitalista.

Se evidenció que para las dos mujeres un elemento importante a tener en cuenta es la memoria colectiva, entendida ésta como la forma en que se apropia el pasado de violencia, se gestionan narrativas y se les da un sentido desde el presente para transformar el futuro y a partir de éstas permitir no dejar en olvido aquello que les fue arrebatado, sus culturas, sus ancestros, su vida. Es la forma de levantar sus voces para contar y manifestar lo que les aconteció, de hacerse visibles sin que lo hagan para exhibirse, para que sean reconocidas como víctimas, no, lo hacen para dignificar a sus seres queridos, para expresar y defender lo que piensan, para disminuir el dolor y la tristeza, para denunciar o exigir justicia, para que otros no sufran lo que ellas sufrieron. Son estas memorias una forma de sobrevivir y una forma de resistencia civil.

De lo anterior se puede evidenciar como los cambios acaecidos con ocasión del conflicto armado marcaron las vidas de las mujeres, ocasionando resignificaciones de lo que fue su territorio, su cultura, sus tradiciones, sus vivencias sociales y comunitarias y de lo que fueron ellas mismas. Ellas dan cuenta de cómo comienzan a hacer parte del grupo de personas que durante años y años atrás, inclusive antes de que ellas nacieran, tuvieron y han tenido que vivenciar las afectaciones del conflicto, ya que éste surge hace más de 50 años y aún continua presentándose. De igual manera se evidencia las diversas y diferenciadas vulneraciones que se han presentado en las diferentes regiones del país, que conlleva a la necesidad de continuar analizando y evidenciando lo ocurrido de cara a la identificación de los factores que ocasionan la guerra para proponer alternativas de cambio.

Referencias

Angulo, D. (2017) Acción Colectiva e Interseccionalidad en la Red Nacional de Mujeres Afrocolombianas Kambirí. Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Bogotá Colombia

Asociación nacional de afrocolombianos desplazados. (2013). Informe Sombra sobre Evaluación al Estado Colombiano del Comité para la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer. Colombia: Afrodes.

Bard Wigdor, G. (2017). Pensamiento feminista Latinoamericano: Reflexiones sobre la colonialidad del saber/poder y la sexualidad. Cultura y representaciones sociales.

Beraún, A. & Beraún J. (2009). Sociedades territorializadas: desterritorialización y reterritorialización en Lima Metropolitana. Ensayos en Ciencias Sociales, Pág. 109 - 142.

Congreso de la República (4 de diciembre de 2008) Ley de sensibilización, prevención y sanción de formas de violencia y discriminación contra la mujer. [Ley 1257 de 2008].

Consejo Económico y Social, Organización de las Naciones Unidas. (1998). Principios Rectores de los desplazamientos internos. Nueva York: ONU.

Corporación Ecomujer. (2006). Cartografías de la Esperanza: iniciativas de resistencia pacífica desde las mujeres. Colombia: Editorial Gente Nueva.

Corporación Universitaria Minuto de Dios. (2017). Territorialidades para la paz y bienes comunes [Película].

Corte Constitucional de Colombia. (2009). Auto 005. Colombia: Corte Constitucional de Colombia.

Corte Constitucional de Colombia. (2009). Auto 092 . Colombia: Corte Constitucional de Colombia.

Delgado, J. (2007). Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales. Madrid, España: Editorial Síntesis, S. A.

Étnicos, O. d. (2012). Derechos territoriales de las comunidades negras: una mirada desde la diversidad. Bogotá, Colombia: Universidad Javeriana.

Ferrarotti, F. (2007). Las historias de vida como método. Revista Convergencia.

González Higuera, S., Colmenares Vargas, J. C., & Ramírez Sánchez Vargas, V. (2011). La resistencia social: una resistencia para la paz. Revista Hallazgos, Pág. 237 - 254.

Hernández R. Fernández C., B. P. (2014). Metodología de la Investigación. México: Mac Graw Hill.

Herner, M. T. (2009). Territorio, desterritorialización y reterritorialización: un abordaje teórico desde la perspectiva de Deleuze y Guattari. Revista Huellas, Pág. 158 - 171.

La Barbera, M. (2016). «Interseccionalidad, un “concepto viajero”: orígenes, desarrollo e implementación en la Unión Europea.» Interdisciplina 4, n° 8 (2016): 105-122.

Lugones, M. (2008). Colonialidad y Género. Tábula rasa, Pág 73 - 101.

Martínez Hincapie, C. E. (2015). De nuevo a la vida. El poder de la no violencia y las transformaciones culturales. Revista Polisemia, Pág. 123 - 125.

Ocampo M., C. P. (2014). Desplazamiento forzado y territorio, reflexiones en torno a la construcción de nuevas territorialidades. Bogotá, Colombia: Universidad Externado.

Osorio Sánchez, E. G., Ayala García, E. T., & Urbina Cárdenas, J. E. (2018). La mujer como víctima del conflicto armado en Colombia. *Revista Academia & Derecho*, Pág. 49-66.

Piedra Guillen, N. (2005). Relaciones de poder: leyendo a Foucault desde la perspectiva de género. *Revista Ciencias Sociales*, Pág. 123 - 141.

Puyana V., y. B. (1994). La historia de vida: recurso en la investigación cualitativa. *Reflexiones metodológicas*. Maguaré.

Ramírez, H. (2014). Impactos socio espaciales del desplazamiento forzado en Bogotá. Ciudad Bolívar 1997-2007. Universidad Nacional de Colombia Facultad de Ciencias Humanas Maestría en Sociología Bogotá. Colombia.

Rodríguez Garavito, C., Sierra, T. A., & Cavelier Adarve, I. (2009). El desplazamiento afro: tierra, violencia y derechos de las comunidades negras en Colombia. Bogotá, Colombia: Ediciones Uniandes.

Rodríguez Gómez, G., & Gil Flores, J. y. (1996). Metodología de la investigación cualitativa. Granada, España: 1996.

Ruta Pacífica de las Mujeres. (2013). La verdad de las mujeres víctimas del conflicto armado. Bogotá. Colombia: Ruta Pacífica de las Mujeres.

Schneider, S. (2006). Territorio y enfoque territorial: de las referencias cognitivas a los aportes aplicados al análisis de los procesos. *Desarrollo Rural. Organizaciones, Instituciones y Territorio*, Pág. 71 - 102.

Sileo, R. (12 de Diciembre de 2017). Escritura feminista. Recuperado de Escritura feminista: <https://escriturafeminista.com/2017/12/12/que-es-el-feminismo-interseccional/>

Unidad para las Víctimas. (2021). Red Nacional de Información. Colombia. : Unidad para las Víctimas.

Useche, O. (2016). Ciudadanías en Resistencia. Bogotá, Colombia: Universidad Minuto de Dios.

Villareal, N. & Ríos, M..(2006).Cartografía de la Esperanza. Iniciativas de resistencia pacífica de las mujeres.Corporaciòn Ecomujer. Bogotá, Colombia

Zaragocín S. (2017) Interseccionalidad constituida en el espacio. Revista espacialidades feministas. Universidad Nacional de Colombia, P. 43-48